

Selección TERROR

Ada Coretti

UNA INVITADA DEL MAS ALLA



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

580 – La venganza de los espíritus, *Burton Hare*.
581 – Dedos sangrientos, *Curtis Garland*.
582 – Mi bella monstruo, *Lou Carrigan*.
583 – Miedo en el Oriente Exprés, *Curtis Garland*.
584 – El siniestro doctor Sternberg, *Adam Surray*.

CAPITULO PRIMERO

—¡Es una bruja! ¡Hay que quemarla en la hoguera!

Al oír el griterío de aquellos hombres y mujeres, habitan- :es de la localidad de Conwaymell, Maggie echó a correr hacia el castillo. Tenía los ojos verdes y rasgados como los de un auténtico felino... ¡pero ella no era una bruja! Aunque su madre lo había sido y ella había conocido de niña todos los secretos de la hechicería! Filtros mágicos, pociones, conjuros, sortilegios, formaron, evidentemente, parte de su niñez, que ella, desde que su madre murió, se había empeñado en dejar atrás. Pero estaba claro que la gente no estaba dispuesta a olvidar.

Mientras corría hacia el castillo, su capa, de terciopelo escarlata, se prendió en más de una ocasión en los matojos del camino, mas apenas se dio cuenta de ello; tanta era su ansia en llegar. Sabía lo que significaría que aquellas gentes le dieran alcance.

Maggie se había casado unos cuatro años antes con Harold Wangerland, el dueño del castillo, convirtiéndose así en una joven dama querida y respetada por todos.

Bueno, fue querida y respetada por todos hasta que alguien dijo que la conocía y que ella no era más que la hija de una vieja bruja, que fue capaz de transformarse a voluntad, pudiendo realizar vuelos nocturnos sobre una escoba, haciéndose incorpórea cuando le interesaba y demostrando ser experta en encantamientos. Por lo demás, periódicamente había acudido a ciertas reuniones, las denominadas sabbats o aquelarres.

Maggie rogó a su marido que no creyera en tales palabras, asegurándole, con lágrimas en los ojos, que no eran ciertas. Se lo juró por el hijo que habían tenido, una preciosidad de criatura que era el orgullo de ambos. Y Harold Wangerland terminó diciéndole que no se preocupara, que no había hecho el menor caso de tales comentarios.

Desde entonces, no obstante, habían sucedido muchos hechos desagradables. Habían muerto, de forma insólita, increíble, varias de las personas más buenas y queridas de la localidad. Y las miradas de unos y otros se volvieron hacia Maggie. Sin que nadie, ni siquiera su marido, pudiera evitarlo.

Quizá se debía todo aquello, en realidad, a que Harold Wangerland era un hombre de poco carácter, incapaz de enfrentarse con firmeza a nadie. Y los comentarios, en consecuencia, habían ido acrecentándose, hasta convertirse en algo sumamente peligroso. Porque esas voces imperiosas acabaron pidiendo las llamas de la hoguera para quien era digna hija de su madre.

Ahora Maggie corriendo hacia el castillo, llevaba bastante

delantera a sus perseguidores. La suficiente para que, por una vez al menos, no tuviera que temer nada irreparable. Al llegar ante el gran portalón, en lo alto de la colina, hizo sonar repetidamente el pesado aldabón.

Una de las sirvientas le abrió y ella se apresuró a entrar, dando órdenes bien concretas. Todas las puertas deberían ser herméticamente cerradas, sin facilitar el paso a nadie. A nadie absolutamente mientras su marido no regresara.

Sintiéndose ya libre de asechanzas, Maggie se dirigió al dormitorio conyugal, desde cuya ventana miró hacia la localidad de Conwaymell. Los hombres y mujeres que con ensordecedor griterío la habían perseguido, estaban retirándose, optando por volver a sus casas. Por lo visto desistían de su empeño, pero Maggie estaba muy asustada. Además, había perdido la confianza en sus sirvientas. ¿Y si a éstas les daba también por creerla una bruja? En tal caso, raro sería que siguieran siéndole fieles.

¡Oh, qué ganas tenía que su marido regresara! ¡Qué. sola se sentía desde que le dijo que debía ausentarse y que tardaría varios días en volver! Hubiera dado media vida por oír el galope de su caballo.

Pasados unos minutos, ya más tranquilizada, Maggie salió del dormitorio conyugal. Deseaba ver a su hijo, acariciarle, besarle. Su hijo era lo único que podía consolarla en aquellos momentos. Pero antes de llegar a la ancha escalera de piedra, se detuvo; oía hablar a dos de sus sirvientas.

—No creo que el señor vuelva hasta que el populacho se haya llevado a la señora... —decía la más jovencita—. Se ha ido por eso...

—Me cuesta creerlo, pues el señor está muy enamorado de la señora —respondió la otra mujer.

—El señor tiene miedo... Miedo de proteger a una bruja —insistió la primera—. No sería el primero que por hacer semejante cosa...

—¡La señora no es una bruja! —defendió Ia sirvienta de más edad —. ¿Acaso le has visto tú alguna vez hacer algo raro...?

—No, yo no... Pero dicen que ella tiene la culpa de las cosas malas que están sucediendo...

—No eleves la voz... Chisss, chisss... Van a oírnos...

Y las dos criadas se alejaron del corredor, se fueron escaleras abajo. Sin haberse dado cuenta de que su joven señora había estado oyéndolas.

Maggie se había quedado como paralizada, con los pies clavados en el suelo, cubierta de frío sudor. Y así, quieta, inmóvil, permaneció hasta que comprendió que debía huir del castillo. Debía hacerlo antes de que fuera tarde. No, no debía esperar el regreso de Harold Wangerland, su esposo. Estaba claro que la había abandonado a su suerte.

Poco después, Maggie se inclinaba amorosamente sobre la cuna de su hijo y se despedía de él.

—Adiós, mi vida... Debo dejarte. Me veo obligada a hacerlo... Con tu padre estarás más seguro. Adiós, adiós.

Acto seguido se dirigió hacia una de las puertas traseras. Quería salir sin que nadie la viera.

Ya fuera, se dio cuenta de que las sombras de la noche se habían enseñoreado del castillo, de la colina y de los alrededores. Mejor así. De esta forma le sería más fácil huir de Conwaymell. Sin embargo, a Maggie le esperaba la más terrible y la más estremecedora de las sorpresas.

Todos los caminos que salían de Conwaymell estaban cortados, bloqueados. Docenas de hombres y mujeres, indistintamente, se hallaban dispuestos a impedir que huyera de allí la bruja culpable de todos los males que se abatían sobre la localidad.

—¿Por qué no vamos de una vez a buscarla al castillo...? —oyó preguntar a un hombre—. ¿Por qué tantas vacilaciones?

—Procedamos con calma —exhortó otro hombre—. Nos han dicho que Ia guardia irá mañana a detenerla, y que entonces la encerrarán en una mazmorra, ¿no es eso? Pues hay que hacer las cosas como marca la ley. Con tal que no la dejemos escapar, nosotros ya habremos hecho bastante...

Maggie sintió que el espanto, el pavor, le atravesaban el cuerpo. Pero no, no se rendiría. Encontraría un lugar por donde salir de allí. Ella conocía muchos atajos. Mas nada pudo hacer, ni siquiera intentar. Lo dicho, todos los caminos se hallaban cortados, obstruidos. Incluso los más estrechos atajos. No había forma de pasar sin ser vista.

En medio de su pánico, de su horror, Maggie comprendió que, para salvarse, iba a verse obligada a recurrir a los secretos de la brujería. A esos preparados mágicos, conjuros, sortilegios, que de niña se sabía de memoria. Pero ya no recordaba cómo y de qué forma debían llevarse a cabo tales maleficios. El paso del tiempo había borrado las lecciones que su madre le diera.

Sólo recordaba, eso sí, que ella le había dicho y repetido en varias ocasiones: «Para cualquier preparado importante, lo mejor es contar con un corazón... Ha de ser el corazón de una muchacha virgen que no lleve muerta más de dos días...

Maggie había retrocedido sobre sus propios pasos, no queriendo ser vista. Y llegó junto al cementerio en el preciso instante en que la luna asomaba tímidamente en el cielo.

Vio al sepulturero, que estaba acabando con su trabajo del día y se disponía a abandonar el tétrico lugar.

—¿Han traído hoy algún cadáver? —le preguntó Maggie.

—Sí —contestó el sepulturero—. El de una doncella de unos catorce años. Estaba llena de salud y de alegría, y de pronto... La vida es muy triste...

—Toma esto —Maggie tendió un doblón de oro al sepulturero— y dame a cambio el corazón de esa doncella.

—No puedo... —murmuró el sepulturero—. Me resultaría fácil, el ataúd aún no ha sido metido en la fosa... Pero no, no puedo... Todos los habitantes de Conwaymell dicen y aseguran que la esposa de Harold Wangerland es una bruja...

—Yo no soy una bruja —se defendió Maggie.

—Entonces, ¿para qué necesitas el corazón de una doñee lia muerta? —le preguntó—. Bueno, si quieres te digo dónde está el ataúd y lo haces tú. Yo no habré visto nada... Es todo lo que puedo ofrecerte a cambio de ese doblón de oro.

—De acuerdo —dijo Maggie, decidida.

Sin embargo, cuando se vio ante aquel tosco ataúd, se encontró sin aliento, sin respiración. Apenas tuvo valor para sujetar la tapa y alzarla. Pero la alzó, y la tapa chirrió y un estremecimiento la agitó desde las uñas de los pies hasta la punta de sus cabellos muy rubios y largos.

Maggie tenía allí mismo el cuchillo que el sepulturero había puesto a su disposición. Con él podría iniciar su tarea en medio de las sombras de la noche y de la tímida luz de una luna que parecía horrorizada de lo que iba a ver.

Sintió que le temblaban las manos. Más aún cuando se percató de la inocente y suave belleza de aquella doncella que, más que muerta, parecía dormida. Sin embargo, estaba muerta, y a los muertos ya no les importa que nadie les saque el corazón. Maggie quería convencerse de ello.

Necesitaba ese corazón para salvarse. Debía dejar a un lado los escrúpulos. Desabrochó el vestido de la doncella. La dejó desnuda de cintura para arriba. Luego cogió el cuchillo por el mango, con fuerza, y practicó el primer corte. Profundo, incisivo, por lo que en seguida asomó el corazón.

No obstante, al horror de esa acción hubo que añadir algo mucho más espantoso todavía. Porque así que el acerado filo del cuchillo cortó la carne de la doncella muerta, ésta se movió, se agitó..., incluso sus labios profirieron un quejido lastimero.

Maggie retrocedió aterrada. ¿Qué significaba aquello?

Se quedó a varios metros de distancia, incapaz de comprender lo que había visto.

Pero volvió a acercarse, si bien poco a poco. Sus pupilas debían haberle engañado. De nuevo con el cuchillo en la mano, se dispuso a seguir con su tarea. Tenía que hacerlo si quería salvarse. No le

quedaba otra opción.

Clavó otra vez el cuchillo en la carne de la doncella. Hizo un corte circundante que le permitió quedarse ya con su corazón entre las manos.

¡ Pero en esta ocasión no pudieron caberle dudas! ¡ La doncella se había movido, se había agitado, de sus labios había :rotado un doloroso gemido! Volvió a sentirse aterrada.

Fue en aquel momento cuando oyó que el sepulturero hablaba con alguien. Retrocedió, con el corazón sangrante entre las manos. Por un momento había temido que alguien la sorprendiera en tan siniestra maquinación.

Seguidamente oyó:

—Mejor que no la hayas enterrado aún. Era la voz de un hombre joven—. Existe una enfermedad en la que uno se queda como muerto y luego, pasadas unas horas, se vuelve a la vida... En la familia de ella ha habido casos... Sí, vale más que no la hayas enterrado todavía...

Maggie comprendió que había matado a la doncella. ¡La había matado!

En fin, de nada serviría ya lamentarse de ello. Debía volver al castillo, llevando el corazón, a fin de preparar alguna pócima mágica que le permitiera huir del trágico destino que parecía estar acorralándola. Para saber lo que tenía que hacer, debería antes leer unos amarillentos y arrugados pergaminos que su madre había guardado siempre en el fondo de un viejo baúl.

Ella, cuando su madre murió, se había llevado ese viejo baúl al castillo. Y allí estaba, en el sótano, adonde consiguió llegar sin que nadie la viera. Tras leer esos pergaminos, Maggie se dio cuenta de que para cualquier sortilegio necesitaba contar con cierto tiempo. Con más tiempo del que quizá fuera a disponer.

No obstante, había una poción muy rápida de preparar. Decía: «Hervir un corazón de doncella, añadiendo a la cocción una brasa encendida, un puñado de hollín y...»

Los ingredientes que se solicitaban a continuación eran fáciles de conseguir. No había problemas.

El escrito añadía: «Si una mujer, antes de ser quemada viva, bebe unos sorbos de esta pócima, consigue que sus cenizas, reuniéndose siglos después, se transformen en un cuerpo... Lo que significa que la víctima de la hoguera vuelva a la vida que le fue arrebatada.»

No era eso, exactamente, lo que Maggie había deseado encontrar en aquellos pergaminos enrollados. Pero, claro, quizá no tuviera tiempo de otra elección.

Pensó que debía preparar la pócima. Y sacó el caldero que había en el fondo del "baúl, lo llenó de agua y lo puso a hervir. Había echado dentro el corazón de la doncella, la brasa ardiendo, el puñado

de hollín y los demás ingredientes necesarios, imprescindibles. Ahora sólo tenía que esperar.

Antes de que aclarase el día, Maggie oyó golpear el por talón de entrada al castillo, y una voz que gritaba:

—¡Abrid en nombre de la ley! ¡Venimos por Maggie Wangerland, la bruja...!

Maggie se precipitó sobre el burbujeante caldero. Con un cazo sacó parte del líquido que contenía y lo bebió precipitadamente, quemando su boca y su garganta.

Instantes después era detenida y llevada a rastras colina abajo, y finalmente, ya en Conwaymell, encerrada en una mazmorra. Al cabo de largo tiempo la sacaron de allí para comparecer ante unos pétreos e inflexibles jueces. Vestidos de negro hasta los pies parecían presagiar el espantoso fin que le esperaba.

Maggie proclamó que era inocente, que ella no era una bruja, que nunca había hecho mal a nadie. Pero no convenció a los jueces, rígidamente acomodados tras una larga mesa. Fue llevada a la tortura.

De la tortura salió admitiendo vuelos nocturnos e intimidades con el diablo. Salió confesando poderes inconfesables que la capacitaban para ejercer maleficios contra otras personas por medios ocultos sólo por ella conocidos.

Los habitantes de Conwaymell, entretanto, habían estado preparando una hoguera. Sobre un pequeño montículo. No lejos del castillo. Poco después, Maggie era llevada allí y maniatada al poste.

El fuego empezó a crepitar. Y las llamas, en unos instantes, se alzaron dantescamente.

Maggie murmuró:

—Volveré... Volveré...

El populacho no cesó de echar leña a la hoguera hasta que el cuerpo de Maggie quedó convertido en cenizas, que el viento, un viento fuerte, huracanado, dispersó rápidamente.

*

—¡Oh, discúlpeme, señor Lloggers! No sabía que estuviera usted aquí, en la biblioteca —se excusó la muchacha, de atractivo rostro, melena oscura y corta, y bonita silueta.

—No se preocupe —respondió Edgar Lloggers cerrando el libro que leía. Un libro que relataba la vida de Maggie Wangerland y su trágico final. De eso hacía ya muchos años. Varios siglos.

—Puedo volver en otro momento —sugirió Raquel, que éste era el nombre de la muchacha.

—Nada de eso —contestó Edgar Lloggers, un hombre de unos

cincuenta años, de rasgos débiles, flojos—. La he contratado, como bibliotecaria, para que ponga en orden todo esto, ¿no es cierto? Pues manos "a la obra.

Había hecho un gesto amplio, abarcando la enorme estancia inundada de libros de un extremo a otro, del suelo al techo. Evidentemente, los volúmenes podían contarse por millares.

—Cuando desee leer algo —dijo Edgar Lloggers—, quiero saber en qué estante está. Espero que lo coloque y anote todo debidamente, para que así...

—Descuide.

—El relato de este libro es tan sugestivo —añadió Edgar Lloggers indicando el ejemplar que leía— que no me canso de leerlo y releerlo. Se trata de la historia de una mujer joven y hermosa que vivió en este castillo. Aunque no por mucho tiempo, pues el destino le tenía preparada una muerte prematura. Tan prematura como horrible...

Le relató lo que había leído. Raquel se sintió impresionada, aunque no demasiado. No podía estar segura de que todo aquello hubiera sucedido realmente. Por lo demás, aquel castillo tenía ya muy poco de lo que debió ser siglos atrás, y su contemplación no sugería ningún horror. Había sido restaurado en varias ocasiones. La última vez, un par de años antes, al ser comprado por un hombre muy culto, muy dado a la lectura y al estudio: Edgar Lloggers, que tenía una cuantiosa fortuna y, en realidad, no sabía a quién dejarla. Y no por falta de sobrinos, sino porque no le gustaba en absoluto cómo procedían y actuaban, pendientes de la herencia que él pudiera dejarles. El primer paso ya estaba dado. **Les** había dicho a sus sobrinos que no tenía nada que objetar si preferían vivir solos y a su aire, pero que, de ser así, se habrían acabado las generosas asignaciones a las que les tenía acostumbrados.

Al oírle decir esto, su feúcha sobrina Melinda torció el gesto, pero finalmente le aseguró que, bien mirado, no creía que le desagradara vivir en un viejo castillo. Su sobrino Burt, muy parecido físicamente a su hermana, reaccionó mal, pero acabó diciendo que, dadas las circunstancias, lo mejor que podía hacer era resignarse. Por lo que respecta a la esposa de Burt, la pelirroja Katy, esbozó una disimulada sonrisa. A ella le gustaba que alguien atara corto a su marido. En fin, que Edgar Lloggers intentaba que las cosas fueran bien. No estaba seguro de conseguirlo, pero haría lo posible por lograrlo.

Como fuera, aquel castillo restaurado no era un lugar desagradable. Muy al contrario, pensaba Raquel, que en aquel ambiente de magnífico lujo, y por descontado, nada tétrico, no podía sentirse demasiado impresionada por el contenido ¿el libro que leía Lloggers. Aunque ella sabía de sobras que hubo un tiempo en que la hoguera era el trágico final de muchas desventuradas.

—Me gustaría leerlo —manifestó.

—Vale la pena hacerlo, créame —respondió el actual dueño del castillo.

CAPITULO II

Edgar Lloggers se hallaba en el salón. Acababa de servirse un whisky y de bebérselo de un solo trago. No tenía costumbre de beber, pero en esos momentos buscaba el modo de cobrar ánimos. Iba a necesitarlos.

Había decidido visitar a Norman Planke e insistir respecto a los sentimientos amorosos que la muchacha le inspiraba. Se hacía cargo, ella era atractiva, y pertenecía a una buena familia, y soñaba con un hombre joven, no con un cincuentón como él. De todos modos, volvería a decirle que la amaba apasionadamente. No podía cejar en su empeño tan fácilmente.

Por otra parte, Edgar Lloggers estaba esperando al detective que había contratado. Se llamaba Perry Gamet y era, según le habían asegurado, todo un profesional.

Por ambos motivos, porque iba a visitar a Norman Planke y porque esperaba al detective Perry Gamet, Edgar Lloggers estaba necesitando un poco de alcohol. Cierto que no era aquél el primer whisky que bebía, y empezaba a tener las ideas un tanto confusas.

Se hallaba cerca de una de las ventanas de la estancia y vio cómo un coche ascendía por el camino que, desde la carretera, llevaba a lo alto de la colina.

Pensó que debía de ser el detective. En efecto, era él. Un ;oven de metro ochenta, de anchas espaldas, con la mirada aguda, penetrante, escrutadoramente sagaz. Miriam, la doncella, al abrirle la puerta no pudo menos de pensar: «Vaya tipo. A gusto me lo llevaría a la cama.»

—Bien, dígame lo que sea —fueron éstas las primeras palabras de Edgar Llogers tras el saludo inicial.

—Lamento no traerle buenas noticias —contestó Perry Gamet.

—Algo así me imaginaba. Siéntese, por favor.

A continuación, y mientras la noche se echaba encima, el detective explicó a Edgar Lloggers que su sobrina Melinda se comportaba como siempre, al margen de lo que pudiera decir y asegurar. Para ella lo primordial era complacer y contentar al hombre joven, guapo, rubio, llamado Robert Sterling, que vivía a sus expensas. Y vivía bien, indudablemente, pues no trabajaba, lucía buenos trajes y tenía un magnífico coche cuyo último plazo había sido ya pagado. En cuanto a su sobrino Burt, lamentaba decirle que seguía dominado por el vicio del juego. Si aseguraba otra cosa, mentía. Frecuentaba clubs, garitos, de donde por lo regular salía muy mal librado. También acudía muy a menudo a las carreras de caballos y apostaba fuerte. Tampoco en esto le acompañaba la suerte.

—Y bueno, poco más tengo que añadir... —concluyó Gamet.

—Confiaba en que reaccionarían ante mi amenaza de desheredarles —manifestó Edgar Lloggers—. Ya veo que he pecado de iluso.

—Mucho me temo que sí—, Y tras una breve pausa, el detective quiso saber—: ¿Desea algo más de mí?

—En estos momentos no estoy en condiciones de saberlo. —Acababa de servirse un nuevo whisky—. Perdone..., ¿qué desea tomar?

Antes de servir un whisky que solicitó su invitado, Edgar

Lloggers se tomó el suyo. Seguidamente se sirvió otro para sí.

—Oiga, ¿puede quedarse aquí hasta mañana? —preguntó a continuación—. Mañana sabré mejor lo que tengo que hacer.

—Lo que usted desee, señor Lloggers —repuso el detective.

—Es que yo... ahora... ahora... —Io cierto es que empezaba a balbucir— tengo que coger el coche e ir a ver... a ver... a una persona... Sí, ya sé que es algo tarde... Es igual. No puedo dejarlo para otro momento...

Se bebió el nuevo whisky, que se había servido y Perry Gamet pensó que, si seguía así, pronto no iba a poder dar ni media docena de pasos en línea recta. Menos aún conducir su propio coche.

No cometió la incorrección de expresar en voz alta sus pensamientos, pero se permitió elogiar el whisky que le había ofrecido.

—Un whisky exquisito, señor Lloggers. No le pido otro porque me gusta tener las ideas claras.

Edgar Lloggers captó la alusión, la indirecta, pero no supo contenerse. Así que se bebió el quinto whisky... ¿o tal vez era ya el sexto?

—Voy a presentarle a Raquel. Ha entrado a mi servicio como bibliotecaria. Le dejaré en su compañía... Desde luego no tardaré en regresar —añadió.

Cuando el detective conoció a la bibliotecaria, no pudo menos de decirse que con chicas como aquélla uno tenía forzosamente que aficionarse a la lectura.

—Le presento al señor Gamet. Detective.

—Mucho gusto —Raquel le obsequió con una sonrisa.

—El gusto es mío, se lo aseguro —sonrió él a su vez.

Seguidamente Edgar Lloggers salió del castillo, subió al coche que había dejado ante el portalón de entrada y le dio a la marcha.

—Esperemos que no choque —dijo Perry a la muchacha.

—Francamente —convino ella— no se ha ido en muy buenas condiciones. Le aseguro que es la primera vez... Nunca hasta ahora le había visto bebido. La culpa debe de ser de sus sobrinos Burt y Melinda, lo aseguraría...

—¿No tiene otros familiares el señor Lloggers? —se interesó el detective.

—Sí, tiene a Willand, su hermano mayor, y a Virginia, la esposa de éste. Según he oído decir, son dos personas excelentes. Creo que van a venir aquí a pasar unos cuantos días. A propósito —se interesó la muchacha—, ¿usted va a quedarse?

—Sólo hasta mañana.

—Lamento que no sea por más tiempo.

—Yo también lo lamento. Pero, bueno —y Perry Gamet se lo tomó a broma— quizá alguien cometa un crimen y yo tenga que quedarme para averiguar quién es el asesino.

Lo malo del caso es que era eso, precisamente eso, lo que iba a suceder.

*

De regreso, y ya cerca de la colina, Edgar Lloggers se vio incapaz de seguir al volante de su coche. No sólo por lo borracho que estaba, sino porque temblaba de indignación contra sí mismo. Comprendía que había hecho el ridículo de la forma más lamentable.

Había ido a ver a Norma Planke. Le había jurado que la amaba más que a su vida. Había acabado cayendo de rodillas a sus pies. Norma Planke no había podido contenerse y se había reído en su propia cara. Luego le dijo que por nada del mundo le aceptaría, porque le gustaban los hombres jóvenes. Por lo demás, agregó, le daban asco los borrachos.

Edgar Lloggers salió terriblemente humillado de aquella casa. No debió rebajarse tanto. Si aquello trascendía iba a ser el hazmerreír de todos.

La culpa era de los whiskys. Bueno, ya estaba hecho. Abrió la portezuela y salió del coche. Subiría a pie hasta el castillo; así llegaría sin incidencias. Empezó a ascender mientras se percataba de que daba tumbos. Por lo demás, la cabeza se le iba, le daba vueltas.

Deseó llegar al castillo y poder dejarse caer en uno de los sillones, cerca de la encendida chimenea del salón. Reclinaría la cabeza en el cómodo respaldo y se prometería a sí mismo olvidarse de Norma Planke. Pero aún le faltaba bastante para llegar. Por otra parte, aunque la noche no era excesivamente oscura, sus sombras, dificultándole el ascenso, le daban la impresión de alejarle de la cima.

De pronto, Edgar Lloggers vio algo realmente insólito, auténticamente increíble. Sobre un pequeño montículo situado no lejos de allí había surgido un extraño resplandor. Como de una hoguera que de súbito hubiera sido encendida.

Mas esto no era todo; había sucedido algo más. Por ello Edgar

Lloggers creyó que sus pies se inmovilizaban, incapaces de seguir adelante.

¿Qué había sucedido exactamente?

Un fuerte viento había agitado la cumbre de aquel montículo. Y ese viento arremolinado había reunido unas sutiles, vaporosas y etéreas cenizas. Y esas cenizas se habían convertido finalmente en una figura humana. En la figura de una mujer joven, vestida con una capa de terciopelo escarlata.

Edgar Lloggers se frotó los ojos, sacudió la cabeza. Estaba completamente borracho... Y se dispuso a seguir adelante sin hacer caso de aquello. No obstante, volvió a mirar hacia lo alto del cercano montículo y se dio cuenta de que la silueta de la mujer seguía allí. Podía verla, pues el extraño resplandor persistía.

Vaciló durante unos instantes. Pero terminó diciéndose que no podía desentenderse de aquel hecho. Tenía que averiguar lo que estaba pasando realmente; tenía que dejar el camino que llevaba al castillo e ir hacia el montículo situado ciertamente muy cerca. Donde, según el libro que él había leído y releído, fue levantada una hoguera que acabó con la vida de Maggie Wangerland.

¿Acaso, pues, aquella silueta que veía, fuera...?

Volvió a sacudir la cabeza. ¡Estaba pensando absurdos, desatinos! No volvería a beber en el resto de su vida. Como fuera, tenía que saber a qué atenerse. No podía quedarse con la duda. De ninguna manera. Pero claro, ya se imaginaba lo que iba a pasar. Llegaría hasta allí, hasta lo alto del montículo, y entonces se percataría de que había tenido visiones. Eso sería todo.

Aun así, deseaba comprobarlo. Tenía que comprobarlo.

Se dirigió hacia allí con una especie de impreciso miedo que hacía más cortos sus pasos y aún más inseguros su ya vacilante andar. Pero no, no se detenía, seguía adelante.

Ya allá arriba, sacudió la cabeza una vez más. Nada de lo visto había desaparecido de sus ojos. Seguía el sorprendente resplandor. Y continuaba allí la mujer joven que llevaba una capa de terciopelo de color escarlata.

Al verla de cerca, Edgar Lloggers se quedó terriblemente impresionado. Aquella mujer tenía los ojos verdes y rasgados como los de un auténtico felino.

—Soy Maggie Wangerland... —dijo la voz de ella. Una voz singular, de extrañas inflexiones, que desde luego no parecía humana —. Maggie, la bruja...

Ante aquella desconcertante aparición, Edgar Lloggers hubiera tenido que dar media vuelta y echar a correr a toda la velocidad que le permitieran sus piernas.

Sin embargo, no lo hizo así. Quizá porque los vapores del alcohol

le conferían una inesperada valentía. Tal vez porque había leído varias veces aquel libro y su historia le había, no sólo cautivado, sino también, en cierto modo, obsesionado. Quizá por el hecho de que, en el fondo de sí mismo, no creía posible que algo malo pudiera llegarle de aquella mujer. Por muy bruja que fuera.

—Mis cenizas ya no están dispersas. He vuelto a la vida... El preparado mágico ha surtido efecto... —de nuevo sonó la voz de ella.

—Me alegro de que hayas vuelto a la vida.

Se asustó de sí mismo. Estaba creyendo lo que veía.

Pero ¿cómo no creerlo si lo había visto todo, desde el principio, con sus propios ojos? Primero el extraño y sorprendente resplandor. Luego el viento arremolinado que había juntado unas cenizas. De esas cenizas había surgido la silueta de una mujer.

—Mi vida durará poco... Lo suficiente, sin embargo, para que antes de volver con los muertos pueda ayudar a...

—¿A quién? —quiso saber Edgar Lloggers, y en ese momento volvió a sentirse bebido, borracho.

—Me refiero a mi único descendiente —contestó Maggie. Para hacerse comprender mejor, añadió—: Yo tenía un hijo... Un hijo precioso...

—Lo sé —contestó Edgar Lloggers.

—Pues se casó y tuvo un hijo... Y ese hijo se casó a su vez y también tuvo otro hijo... Y así, generación tras generación, hasta hoy...

—Comprendo.

—No, no puedes comprender —dijo ella—. Mi único descendiente es un ser tan pobre, tan infeliz, tan infortunado... —Inesperadamente, Maggie preguntó—: Dime, ¿tú deseas algo fervientemente, con toda tu alma? Yo podría concedértelo.

—Porque eres una bruja, ¿no es eso? —preguntó Edgar Lloggers.

—Sí, !o soy —admitió Maggie—. De no serlo, ahora no estaría aquí.

—Sí, claro —asintió—. Pero no, no quiero que me concedas nada. Me costaría el alma, por toda la eternidad.

—No es tu alma lo que deseo —declaró Maggie—. Lo que deseo de ti es mucho más de este mundo terrenal. Pero, dime, dime ante todo si a ti te gustaría conseguir algo... Podríamos llegar a un acuerdo...

Edgar Lloggers adelantó unos pasos, dándose cuenta de lo largos y rubios que eran los cabellos de Maggie Wangerland. Dándose cuenta, asimismo, de lo rabiosamente verdes y de lo diabólicamente rasgados que eran sus ojos.

—Por desear —repuso— deseo muchas cosas. Tres, para ser exactos.

—Pues yo estoy dispuesta a concederte esas tres cosas —aseguró Maggie.

—No puedo creerlo… —y Edgar Lloggers sintió que la cabeza volvía a darle vueltas, a causa de la emoción, de la bebida o de lo que fuera.

—Pues créelo —advirtió Maggie.

—Todo me va mal —repuso él. tras haber carraspeado—. Nada sale a mi gusto.

—Dime de qué se trata y yo solventaré tus problemas—. Y la voz de Maggie Wangerland, la bruja, seguía siendo singular, de raras inflexiones; desde luego no parecía humana.

—Estoy enamorado —confesó Edgar Lloggers— de una mujer joven y bonita… —se dio cuenta de que aún balbucía, prueba evidente de que los whiskys seguían surtiendo su efecto—. Ella no me corresponde. Y no sólo eso, se ríe, se burla de mis sentimientos.

—No te preocupes —manifestó Maggie—, prepararé un hechizo para hacerse amar, para que Norma Planke te ame a ti.

—¿Cómo sabes que es ella, Norma Planke, la mujer que…? —se sorprendió Edgar Lloggers.

—Lo sé, y eso debe bastarte —subrayó Maggie—, Bien, sigue… ¿Qué más deseas de mí?

—Mi sobrino Burt tiene el vicio de jugar —repuso Edgar Lloggers —, Pierde en las mesas de juego y en las carreras de caballos unas cantidades exorbitantes… Además, trata mal a su esposa Katy; ha llegado incluso a pegarla. A mí me gustaría…

—Que dejara de frecuentar las mesas de juego y las carreras de caballos —dijo Maggie—, y que volviera a sentir por su esposa Katy el amor de otros tiempos.

—Eso mismo —asintió.

—Pues puedes darlo por hecho.

—¿Tú crees…? —dudaba de lo que había oído.

—Te he dicho que puedes darlo por hecho. ¿Qué más me pides…? Has dicho que deseabas tres cosas. Sólo me has pedido dos.

—Mi sobrina Melinda ha perdido la cabeza por un hombre guapo y rubio que se llama Robert Sterling. Este vive a sus expensas, sin trabajar, con buenos trajes y un estupendo coche.

—Y tú deseas —adivinó Maggie— que tu sobrina Melinda reaccione, que deje de interesarse por ese gigoló.

—Sí.

—Pues concedida también tu tercera petición —aseguró Maggie —. No tienes por qué preocuparte más.

—¿Quieres decirme con eso —preguntó Edgar Lloggers— que las tres cosas que he pedido me serán concedidas?

—Exactamente.

—¿Y sin necesidad de entregar mi alma por toda la eternidad? ¡Oh, creo que estoy soñando!

—Ni estás soñando —aseguró Maggie— ni estás tan borracho como crees. Yo estoy aquí, he vuelto a la vida y soy una

bruja... Una bruja que aprovechará sus poderes de hechicería para ayudarte... No para hacer nada malo, no, todo lo contrario.

—Según he leído, las brujas nacen de un pacto con el diablo. De eso que el nombre de bruja se asocie a malas acciones...

—A ti sólo te haré bien. Pero a cambio de mis sortilegios —dijo Maggie—, tú has de ayudarme a mí.

—¿Cómo voy a poder hacerlo?

—Será fácil, sencillo. Te he dicho que deseo de ti algo terrenal... Pues bien, se trata de dinero...

—¿Dinero? —Edgar Lloggers se quedó atónito, perplejo, desconcertado.

—Sí.

—¿Para qué puede querer dinero una bruja como tú?

—Yo no quiero nada para mí —observó Maggie—. Una bruja no necesita dinero. Pero lo necesita mi descendente, esa persona de la que yo te he hablado. Se trata del ser más pobre, desdichado e infortunado de este mundo... Se llama Maximiliano... Maximiliano Wangerland. Vive en una cabaña, en medio de ese bosque que, cuando es de día, se divisa desde aquí.

—¡Ah! —exclamó Edgar Lloggers.

—Vete a verle —prosiguió diciendo Maggie— y entrégale ciento cincuenta mil libras. Dile que se las regalas en nombre de su antepasada Maggie.

—¿Ciento cincuenta mil libras? —La elevada cifra je había hecho pestañear.

—En billetes —puntualizó Maggie—. De un talón banca-rio recelaría, pensaría que era falso.

—Cobras caro —rezongó Edgar Lloggers, volviendo a sentir que la cabeza se le iba, que le daba vueltas.

—Te parece caro —repuso Maggie— porque temes que yo esté tendiéndote una trampa. Sí, claro, si tú me entregas el dinero y luego yo no cumplo lo acordado... No, no te pido tanta confianza. Claro que no... Primero cumpliré yo mi parte, y después, sólo después, te tocará a ti cumplir la tuya. ¿De acuerdo?

Maggie Wangerland le había ofrecido todo lo que él deseaba. Ciertamente más no le podía ofrecer.

—De acuerdo —zanjó Edgar Lloggers.

Había cerrado los ojos, como para hacerse a la maravillosa idea de ver realizadas sus más caras esperanzas. Cuando los abrió de nuevo, la bruja Maggie había desaparecido. Se había volatilizado.

Edgar Lloggers regresó al castillo. Una vez allí, se fue directamente a su habitación, a su dormitorio. Se sentía muy mareado. Se desplomó sobre la cama. Quedó profundamente dormido en menos tiempo del que se tarda en decirlo.

*

Miriam, la joven doncella, había salido del castillo, utilizando una de las puertas traseras.

Ya fuera, en medio de la oscuridad, se dijo que aquélla era la oportunidad de su vida. Una oportunidad que le permitiría dejar de servir y poder meter en el banco una buena cantidad de dinero, con la que, evidentemente, conseguiría dar un giro muy grato y placentero a su vida.

Sí, estaba convencida de que si decía lo que había averiguado, sería generosamente recompensada. No podía ser de otra manera puesto que, al hablar, iba a hacer un favor inestimable a la persona con la que estaba citada.

Inició el descenso de la colina, pero no por la parte que daba a la carretera, sino por el lado opuesto, y se detuvo apenas recorridos unos cincuenta metros, junto a un apiñado grupo de arbustos.

Era el lugar acordado.

Antes de salir del castillo, Miriam había oído hablar a Willand Lloggers y a su esposa, Virginia, que acababan de llegar dispuestos a quedarse allí unos cuantos días. También oyó hablar a Burt y a Melinda, los sobrinos del señor. Y oyó las voces, asimismo, de la pelirroja Katy, la esposa de Burt, y de Raquel, la bibliotecaria, y la voz de Perry Gamet, el hombre atlético y varonil que a ella le hubiera gustado llevarse a la cama.

El señor había ya regresado. Pero ella no le había visto porque se fue directo a su habitación, a su dormitorio. Allí seguía. Posiblemente haría acto de presencia a la hora de la cena. Una cena que sería servida a las nueve y media en punto. Hasta entonces, ella tenía tiempo de entrevistarse con quien, estaba segura, le pagaría a muy buen precio la información que tenía que darle.

Las pupilas de Miriam, entretanto, se habían habituado a las sombras que le rodeaban, así que pudo darse cuenta de que allí, muy cerca de los arbustos, la colina cesaba de un modo repentino, brusco, quedando convertida en un barranco que...

A Miriam no se le ocurrió pensar que ella pudiera caer por ese barranco. ¿Por qué iba a pensar semejante cosa? Pero ir a parar al fondo sólo podía significar una cosa: romperse fatalmente la nuca.

Miriam oyó que alguien se acercaba. Comprendió que era la persona que esperaba. Sí, efectivamente.

—Aquí me tienes.
—Creía que tendría que esperar más —dijo Miriam.
—No me gusta hacer esperar.
—Sí, claro.
—Bueno, habla de una vez… —Ia voz demostraba una impaciencia mal contenida.
—Tengo una información que vender —repuso Miriam—. Una información que a usted, lo sé de sobras, ha de interesarle mucho.
—Habla —la apremió.
—Antes de hacerlo —observó Miriam— me ha de prometer que quedaré complacida de su generosidad. Se trata de vender a buen precio la información que poseo.
—Te daré lo que me pidas —aseguró aquella persona—, Pero habla de una vez, no te hagas de rogar.
Miriam le explicó lo que sabía. Con toda clase de detalles para que no pudieran caberle dudas. Había visto perfectamente cómo…
De pronto, las palabras quedaron detenidas, cortadas en la garganta de Miriam. De igual forma que si una soga la estrangulara. Veía brillar malignamente, perversamente, los ojos de la persona que estaba ante ella. ¡Y acababa de comprender que había cometido la más tremenda y lamentable equivocación de su vida!
—¿Por qué te has detenido? Continúa.
El rostro de Miriam se había vuelto lívido, ceniciento.
—Continúa.
—Sí, sí… —pero de entre sus labios resecos, por los que pasaba una y otra vez su lengua húmeda, ya sólo podían salir sonidos inarticulados y roncos.
Sabía ya que aquella persona, de la que minutos antes esperaba una generosa recompensa, había decidido matarla. ¡Lo llevaba escrito en sus ojos de la manera más aterradora! Las siguientes palabras se lo ratificaron.
—Te has adentrado tanto en el camino de ida, que mucho me temo que no encuentres nunca el de vuelta…
—Seré… seré discreta… —Miriam logró extraer la voz de su garganta apretada, contraída.
¡Pero seguía viendo la muerte en los ojos que la miraban!
¡ Una muerte que imponía inexorablemente su cruel mandato! Instintivamente dio un par de pasos hacia atrás. Sin darse cuenta se había acercado más al barranco.
—Me tienes miedo, ¿verdad?
—Sí, sí… —reconoció, intentando vencer el alarmante temblor de sus piernas.
—A nadie puedes reprochar esta situación… Tú te la has buscado. Sinceramente, no has sido muy lista…

Fue esto lo último que Miriam, la doncella, había de es cuchar. Unas manos se adelantaron hacia ella y la empuja ron, de súbito, con violenta y salvaje fuerza. Y Miriam se fue hacia atrás y luego de tambalearse en el mismo borde, en el mismísimo borde, perdió el equilibrio y cayó al vacío haciendo una pirueta macabra.

Su espanto fue tan grande, tan supremo, tan sin límites, que ni siquiera acertó a gritar. El fondo del barranco pareció recibirla con ansiedad, con deseo, con avidez. Como un amante celoso.

CAPITULO III

Cuando Edgar Lloggers se despertó, los párpados le pesaban un par de kilos cada uno. Apenas pudo entreabrirlos.

Era ya de día. Miró su reloj de pulsera y vio que las manecillas marcaban más de las nueve. Se puso en pie, no sin cierta torpeza en sus movimientos, y luego se desvistió. Seguidamente había de ducharse.

Pasados unos quince minutos, luego de haberse puesto presentable, se reunió con los demás. Sabía que la víspera había llegado su hermano Willand y Virginia, su encantadora esposa. Les debía, cuando menos, una disculpa. Además quería explicar al joven detective, a Perry Gamet, todo Io que le había sucedido. Tenía necesidad de saber lo que opinaba.

Ya abajo, en el comedor, Edgar Lloggers trató afectuosamente a su hermano Willand y a su cufiada Virginia.

—Lamento no haberos saludado ayer —concluyó—. Cuando llegué no me encontraba bien...

—No te preocupes, Edgar. Y Willand, un hombre de cabello blanco, delgado, un tanto cargado de espaldas, no dio importancia al suceso.

—Con nosotros no tienes que hacer cumplidos —repuso Virginia, bastante más joven que su marido, muy sonriente ella.

Edgar Lloggers vio que Burt y Katy, así como Melinda, estaban desayunando. Como lo hacía Raquel, la bibliotecaría, y Perry Gamet, el detective.

Saludó a los allí reunidos, y quiso demostrar que todo iba bien. Pero se estrujaba una mano contra la otra para que nadie reparara en su temblor. Antes, no obstante, de que empezara a desayunar, fue su sobrino Burt quien dijo que deseaba hablar con él.

—Quisiera hacerlo aquí mismo, tío. No me importa que no estemos solos —aclaró.

Perry Gamet hizo ademán de retirar hacia atrás su silla, dando por descontando que él se hallaba excluido de tal indicación. Raquel pensó de igual modo. Ella sólo era la bibliotecaria. No podían incumbirle evidentemente los asuntos particulares e íntimos de la familia.

Burt les detuvo a ambos con estas palabras.

—Por favor, no se retiren. En realidad —esbozó una sonrisa— nadie ignora cómo soy... o mejor dicho, cómo he sido hasta ahora, — se había corregido a sí mismo.

—¿De qué se trata? —preguntó Edgar Lloggers.

—Necesito pedirte perdón por mi comportamiento de estos

últimos tiempos, tío —empezó a decir Burt—. Desde la muerte de mi padre he tenido otro padre en ti, y en lugar de corresponderte como es debido…

Se interrumpió, quedando un silencio absoluto entre los que se hallaban alrededor de la mesa.

—Quiero que sepas, tío —añadió Burt—, que he reflexionado, que he reconsiderado mi manera de proceder, y que he llegado a la conclusión de que así no pueden seguir las cosas…

—Me alegra oírte —dijo Edgar Lloggers.

—No volveré a frecuentar una casa de juego, ni volveré a apostar por ningún caballo. Te lo juro, tío.

Fue su tono tan seguro, tan firme, tan convincente, y a la vez tan lleno de sincera y conmovedora emotividad, que todos quedaron impresionados.

—Si fuera cierto lo que has dicho… —repuso Edgar Lloggers— me darías la mayor alegría de mi vida. El vicio del juego te está perdiendo.

—Lo sé, tío —admitió Burt— pero he reaccionado a tiempo y todo será distinto de ahora en adelante. Y podrás comprobarlo con facilidad, pues para que no tengas dudas he decidido no volver a Londres en mucho, en muchísimo tiempo. La verdad es que aquí se está muy bien.

—¿Es cierto lo que has dicho? —hizo la pregunta Katy, la pelirroja esposa de Burt.

—Sí, es cierto —asintió él—. Por lo que a ti respecta, Katy, también necesito-comprensión y perdón, lo sé. Sin embargo, yo confío en que todo vuelva a ser entre tú y yo como al principio… Lo deseo de todo-corazón, puedes creerme.

—Burt… —susurró Katy, muy emocionada—, espero que no se trate de una broma.

—Sería una .broma de muy poco gusto. No, cariño, no. se trata de eso. Simplemente, he reaccionado… Aunque, si he de seros sincero —advirtió Burt, mirando a todos— ni yo mismo termino de comprender qué fuerza misteriosa, irresistible, ha sido la que se ha metido dentro de-mi cuerpo. Ha sido algo tan súbito e inesperado que… Pero esa fuerza es auténtica, real, y doy gracias al Cielo por sentirla…

El primer pensamiento de Edgar Lloggers, al despertarse, había, sido para Maggie Wangerland. No obstante, desde el primer instante se. dijo que todo aquello no podía haber sido cierto. Llevaba encima muchos whiskys y habría visto cosas inexistentes.

Pero no, Edgar Lloggers estaba absolutamente convencido de que aquella visión era verdadera. Como verdaderas y ciertas fueron las palabras que hubo entre ellos. Por eso, porque en realidad no dudaba de lo que había visto, quería explicárselo todo al detective. Este

podría, sin duda, asesorarle debidamente respecto a un caso tan insólito, tan extraordinario, tan anormal. Tanto que, a pesar de todo, él no podía menos de sentir una espeluznante sensación de aterradora angustia. Era como si en su vida acabara de presentarse una invitada. Una invitada del Más Allá.

—¿Desde cuándo sientes esa fuerza misteriosa, irresistible? —preguntó Edgar Lloggers, intentando disimular lo que, como un alucinante torbellino, se agitaba dentro de él.

—Desde ayer noche —respondió Burt, sin necesidad de pensárselo—. Volvía de Londres en mi coche, cuando, ya cerca de aquí, una persona me hizo señal de parada.

—¿Quién era esa persona? —inquirió Edgar Lloggers.

—No lo sé —respondió Burt—. No la había visto en mi vida. Sólo puedo asegurarte, eso sí, que me impresionaron sus ojos.

—¿Me hablas de un hombre o de una mujer?

—De una mujer.

—¿Joven y hermosa?

—No, no; todo lo contrario. Era vieja, andaba hecha un arco, se apoyaba en un bastón, y al hablarme me enseñó su boca desdentada. De tratarse de un cuento de niños hubiera creído que era una bruja...

—¿Acaso tiene algo que ver esa mujer con lo que antes decías? —preguntó Katy.

—Sí. ¡Los ojos de esa mujer me impresionaron tanto! Se clavaron en mí como aguijones dulcemente envenenados... Y desde ese momento, sí, precisamente desde ese momento, experimenté la sensación de que lo que sentía por el juego era una locura, como locura era que menospreciara tu cariño, Katy... —concluyó mirando amorosamente a su esposa.

—¿Estoy despierta o dormida? —Ia emoción de Ia pelirroja Katy se desbordaba—. Si es un sueño no quiero despertarme.

—Entonces —Edgar Lloggers quiso puntualizar —desde que la vieja te miró...

—Tenía los ojos verdes y rasgados —recordó Burt—. Y no creo que olvide por muchos años que viva.

—Me sorprende la casualidad... —intervino Melinda.

Hasta entonces Melinda había permanecido callada, como incapaz de pronunciar una sola sílaba. Como avasallada y vencida por algo que ella, sólo ella, sabía.

—¿A qué casualidad te refieres? —preguntó Edgar Lloggers.

—Iba a decírtelo de todos modos, tío —repuso Melinda—, porque ya que Burt ha empezado a hablar no veo razón para que yo deba callar.

Nadie dijo nada. Ni siquiera Perry Gamet, a pesar de que, sinceramente, tenía ganas de hacerlo.

—Ante todo debes saber, tío —empezó diciendo Melinda— que me siento profundamente avergonzada de mí mis ma. No comprendo, sinceramente, no comprendo cómo he podido perder la cordura por un hombre como Robert Sterling. Es joven, rubio, guapo, seductor... Físicamente lo tiene todo... Pero ¿y mi propia dignidad? Sé que soy fea y que sólo busca de mí el dinero que yo pueda sacarte a ti, tío.

—Luego de escuchar a tu hermano, has dicho que te sorprendía la casualidad... —recordó Edgar Lloggers, sintiendo que la sangre recorría tumultuosamente sus venas.

—Ayer noche, cuando regresaba en mi coche, noté la garganta seca —contestó Melinda—. Sentí de pronto tanta sed, que opté por detenerme en el primer parador. Ya allí, ante la misma barra, se me acercó una niña. Tendría unos diez u once años. Me preguntó si había visto a su madre... ¡Oh, qué ojos tenía esa niña! Me impresionaron tanto que me quedé sin saber lo que experimentaba... Y fue precisamente entonces, ni un segundo antes ni otro después, cuando supe que me había vuelto fuerte... Lo suficientemente fuerte como para no querer saber nada más, en el resto de mi vida, de Robert Sterling. Un gigoló que, en realidad, nunca ha sido otra cosa...

—Pero, pero... —Edgar Lloggers no se atrevía a creer lo que oía, le parecía sufrir una pesadilla.

—Como ha dicho Burt —continuó su hermana— yo también sentí, al ser mirada por esos ojos, que una fuerza misteriosa, irresistible, se me había metido en el cuerpo. En consecuencia ya no debes sufrir por mí, tío. De ahora en adelante seré tal y como tú siempre has deseado que fuera.

—Dime —quiso saber Edgar Lloggers— ¿cómo eran los ojos de esa niña?

—Verdes rasgados —contestó Melinda. Y añadió casi lo mismo que su hermano—: De tratarse de un cuento de niños, hubiera creído que era una pequeña bruja.

*

Edgar Lloggers rogó a Perry Gamet que le acompañara al despacho. No se olvidó de cerrar la puerta. Y en seguida refirió al detective lo que le había sucedido la noche antes. Se lo refirió todo. Sin omitir detalles.

—Me gustaría saber —concluyó— si usted puede creer y en consecuencia aceptar, que...

—Lo lamento, yo soy escéptico respecto a ciertos temas —le interrumpió Perry.

—Si no es posible lo que le he contado, ¿cómo cabe explicarse que sucediera? ¡Porque sucedió!

—Usted me ha dicho que había bebido no sé cuántos whiskys... Lo que me hace sospechar, con toda sinceridad se lo digo...

—El viento agitó la cumbre del montículo, donde instantes antes había surgido un extraño resplandor, y ese viento, fuerte, arremolinado, juntó unas cenizas... ¡Le aseguro que Maggie Wangerland surgió de ellas!

—Lo más que puede asegurarme —ironizó Perry— es que una mujer apareció ante sus ojos. Ahora bien, de eso a que fuera Maggie Wangerland hay bastante diferencia.

—Si no era ella, ¿quién iba a ser?

—No tengo la menor idea —reconoció el detective.

—Sí, era Maggie Wangerland —afirmó Edgar Lloggers, con énfasis incontenible—. Y está cumpliendo lo que me prometió. ¿Acaso no se ha dado cuenta?

—Se refiere a que su sobrino Burt ha sentado la cabeza y a que su sobrina Melinda se ha vuelto una buena chica... Se refiere a eso, ¿verdad?

—Sí, efectivamente. Pero lo ha dicho usted con cierto retintín...

—¿Cómo quiere que se lo diga?, ¿tragándome el anzuelo hasta el estómago? ¡No, por favor, señor Lloggers!

—¿El anzuelo...? —pareció sorprenderle la palabra—. Eso significa que usted no cree en la sinceridad de mis sobrinos.

—Ni pizca —contestó Perry—, Desearía, por usted, tener que rectificar lo dicho. Mucho me temo que no sea así.

—Para expresarse de ese modo, algo debe imaginar. Dígamelo, prefiero saberlo a ignorarlo.

—No me imagino nada —dijo el detective—. Aún es pronto para eso. No obstante, algo está claro como un rayo de luz. La mujer que usted vio en el montículo no es Maggie Wangerland.

Se oyeron unos gritos histéricos. Los profería el ama de llaves. Una mujer ya mayor que desde la noche anterior no hacía más que murmurar. Estaba preparándose para la bronca que iba a armar a la doncella, a Miriam. Había desaparecido sin dar explicaciones de ninguna clase. Debía de estar con un hombre; los pantalones la volvían loca. Pero, por descontado, no iba a consentirle que tan alegremente dejara de cumplir con su obligación.

Sí, era el ama de llaves quien ahora gritaba de modo tan histérico. Lo que no parecía encajar, en absoluto, con su carácter sereno, en todo momento responsable.

Perry Gamet salió apresuradamente del despacho, deseando saber lo que sucedía. Tenía las trazas de ser algo terrible. Y ciertamente, no era nada agradable. Dos vecinos de Conwaymell habían encontrado el cadáver de Miriam. Por lo visto había caído por el barranco. Perry torció el gesto. Miriam podía haberse caído por el barranco, o por

cualquier otro sitio… pero también alguien podía haberle ayudado a perder el equilibrio.

—Que desgracia… —oyó murmurar a Raquel.

—Lamentable —comentó Burt.

—Sí, muy lamentable —corroboró Melinda.

—¡Pobre chica! —exclamó la pelirroja Katy.

Edgar Lloggers se tomó aquello como un desgraciado accidente, sin que le cruzara por el pensamiento, ni siquiera por un solo instante, que pudiera tratarse de algo distinto.

Perry había de opinar de distinta manera mientras contemplaba el cadáver de la infortunada en el fondo del barranco.

—Me parece que alguien la ha empujado.

—¿Qué dice…? —se sobresaltó Edgar Lloggers.

—Creo que alguien le ha empujado —repitió Perry—. De ser así, esto ha sido un asesinato.

—¿Qué sentido tiene imaginar que alguien haya querido matar a la pobre Miriam? —había de preguntar Burt no mucho después, ya todos de nuevo en el castillo.

—Solía ir con hombres. Quizás alguno de ellos, por celos… —apuntó Melinda.

—Todo es posible —dijo Katy— pero no creo.

—Pero, bueno, ¿por qué supone usted eso? —preguntó Burt dirigiéndose al detective.

Ya todos sabían que Perry Gamet era detective. Edgar Lloggers había considerado que ningún momento más idóneo que aquél para decirlo, para hacerlo constar así.

—Cayó de espaldas —repuso Perry— pero su uniforme, por delante, a la altura de los hombros, se aprecia arrugado. Eso sugiere la violenta prisión de unas manos… De las manos que la hicieran precipitarse en el vacío. He comprobado algo —añadió Perry— aunque saber eso no le gustaría al inspector de policía, me llamaría metomentodo. Pero sí, he mirado debajo del uniforme y hay hematomas; así no cabe duda de que alguien la empujó violentamente…

—Me cuesta creerlo —manifestó Edgar Lloggers— pero si usted lo dice…

—También digo que voy a quedarme a esclarecer el caso. Siempre, claro está, con su autorización, señor Lloggers.

—Iba a pedírselo.

No tardó en llegar el inspector de policía, y los ocupantes del castillo, a partir de entonces, estuvieron pendientes de los interrogatorios. Muy impresionados y nerviosos ante una situación tan anómala.

—¿Qué libro es éste? —le preguntó Perry a Raquel.

Perry Gamet había entrado en la biblioteca, mientras en el salón proseguían los interrogatorios. En realidad, lo único que pretendía era estar un poco a solas con ella. En cuanto a aludir a ese libro, fue un modo como cualquier otro de decir algo, de tocar un tema.

—Lo está leyendo el señor Lloggers —le respondió Raquel, mientras colocaba el libro en su correspondiente estante—. Mejor dicho, lo está releyendo. Le obsesiona su lectura... Sí, le obsesiona, ésta es la palabra exacta. Como se refiere -a Maggie Wangerland...

—Comprendo.

—Maggie vivió en este mismo castillo. Murió en la hoguera. Como las brujas.

—¿Usted cree en las brujas? —quiso saber Perry.

—¡Oh, no! —aseguró Raquel.

—Pues mucho me temo que el señor Lloggers sí crea.

—No me diga...

—La otra noche le sucedió algo insólito, y debido a ello, y tal vez debido también a la lectura de ese libro, ahora se halla en una desconcertante e imprevista disposición de ánimo.

—¿Qué le sucedió la otra noche al señor Lloggers? Si puedo saberlo.

—Ante sus ojos apareció Maggie.

—¡Por Dios!

—En lo alto del montículo, en medio de un extraño resplandor. El viento arremolinó unas cenizas y de esas cenizas surgió Maggie. ¿Qué le parece?

—Una patraña.

—Que parece auténtica —manifestó Perry—, y eso hace que el asunto me guste muy poco. Menos aún después de la muerte de Miriam.

—¿Asocia una cosa con la otra?

—Por descontado.

—¿Y qué deduce?

—Que Miriam sabía algo... Algo que resultó fatal para ella. Huelga decirlo puesto que ayer estaba viva y hoy está muerta.

—¿Qué podía saber Miriam? Dígame lo que piensa, la verdad, ¿eh? ¿Corro yo peligro prestando mis servicios aquí, en este castillo?

—No, mientras yo la vigile —aseguró Perry—. Y voy a vigilarla, no se apure.

—¿De veras puedo confiar en usted? —preguntó Raquel.

—Si me paga... —puntualizó.

—¡Ah!, ¿he de pagarle?

—Con un beso.

—Soy muy miedosa —sonrió Raquel—. Vale el precio.

Cuando Perry Gamet besó a la muchacha, ésta se dijo para sus


adentros que, si el asesino no la mataba, ella se casaba con aquel hombre.

CAPITULO IV

El coche se detuvo en lo alto de la colina, frente al impresionante portalón del no menos impresionante castillo, y Norma Planke, joven, bonita, se apeó. No tuvo necesidad de acercarse y de llamar. Edgar Lloggers la había visto llegar. Salió a su encuentro.

—Señor Lloggers... —empezó a decir ella, casi sin atreverse a mirarle—. Por favor, no me guarde rencor por mi comportamiento de ayer...

—Toda la culpa fue mía —aseguró Edgar Lloggers, no debí hablarle del modo que lo hice. Debí comprender que a mi edad, y siendo tú tan joven...— pero la verdad es que dentro de su pecho crecía, se agigantaba una esperanza.

Si Burt estaba dispuesto a dejar el juego, y si Melinda había decidido olvidarse el guapo, rubio y seductor Robert Sterling, ¿por qué no aceptar, como posible...?

Sí, era posible. ¡Porque los tres, Burt, Melinda y también Norma Planke, se hallaban bajo el sortilegio de una bruja!

—No sé lo que pasó, me expresé de un modo horrible —se lamentó Norma Planke—. Estoy profundamente avergonzada. Quisiera que la tierra me tragara.

—No te preocupes.

—No se trata de eso, señor Lloggers. Se trata de que quiero que sepa que, precisamente desde ayer noche, siento por usted...

—¿Qué sientes por mí? —preguntó Edgar Lloggers, anhelante—. Pero entremos...

—Es mejor que hablemos aquí. Le decía —prosiguió Norma Planke— que no sé ciertamente lo que me pasa. Me reí en su cara, y lo hice convencida de que no sentía nada por usted... Pero me engañaba a mí misma, y me he ido convenciendo de ello conforme han ido pasando las horas... Ahora sé, señor Lloggers, que estoy enamorada de usted...

—¿Quieres reírte de nuevo a mi costa? —Pero Edgar Lloggers sabía que no era eso lo que pretendía la bonita muchacha.

—Le aseguro que soy sincera, señor Lloggers —aseguró Norma Planke. Alzando lealmente la mirada, añadió—: He querido que lo supiera. Por lo demás, vengo a invitarle a la fiesta que daré el próximo domingo para celebrar mi cumpleaños.

—¿Cuántos cumples?

—Veintitrés.

—Una niña para mí.

—Una niña que le ama, señor Lloggers —afirmó Norma Planke, y seguía con la mirada lealmente alzada.

—Respóndeme, por favor, ¿desde cuándo sientes por mí lo que dices? —Y dejó la interrogación en el aire, apenas conteniendo su irrefrenable emoción.

—Desde ayer noche, ya se lo he dicho. Fue algo tan súbito, y a la vez tan inesperado, que aún estoy desconcertada, aturdida; no termino de creérmelo...

—Te pedí que te casaras conmigo —se atrevió a recordarle.

—Espero que me lo vuelva a pedir. El domingo, durante mi fiesta de cumpleaños.

—Oye —quiso saber— ¿viste ayer noche a alguien especial...?

—¿A alguien especial? —No pareció entenderle.

—Después de irme yo de tu casa.

—Ayer noche no salí —dijo Norma Planke— ni tampoco recibimos ninguna visita. Llamó alguien a la puerta, pero sólo era una mendiga... Iba vestida con harapos y apenas podía andar. Nos pidió algo, lo que buenamente pudiéramos darle. Yo le di una libra... No, no acostumbro a dar tanto... Pero esa vieja me impresionó. Debido a sus ojos... ¡Eran verdes y rasgados como los de una bruja!

—Iré a tu fiesta de cumpleaños, Norma. Y gracias por venir a invitarme. Me has hecho muy feliz.

—Feliz me ha hecho usted a mí, señor Lloggers. Ya veo que me ha perdonado.

*

Estaba embriagado por la felicidad que sentía. Hasta tal extremo, que no se hubiera cambiado por ningún otro ser de este mundo.

A pesar de ello, Edgar Lloggers no podía sacudirse del todo la espeluznante sensación de aterradora angustia que experimentaba. A ratos con tanta fuerza que temía verse empujado, arrastrado hacia otro mundo. Tal vez a ese mundo inexplorado, desconocido y oscuro de donde había salido Maggie Wangerland.

Decidió no comentar su conversación con Norma Planke. Ni con el detective ni con nadie de la familia. En principio prefería ahorrarse ciertos comentarios. Comentarios que, por inevitables, se veía venir.

Ahora bien, estaba dispuesto a hacer algo más que sentir aquella enervante felicidad. Así debía ser si quería atenerse leal y honradamente a las reglas del juego. O dicho de otra manera, al pacto hecho con su invitada del Más Allá. Se dispuso, pues, a internarse en el bosque en busca de la cabaña donde vivía Maximiliano Wangerland, el descendiente de Maggie. Se excusó ante los suyos diciendo que iba a dar un paseo.

Ya en el bosque, se dirigió hacia el norte, hacia donde, en una ocasión, había visto una cabaña. Y la encontró antes de lo que

imaginaba, cuando no hacía ni media hora que había salido del castillo. Aún no había empezado a oscurecer y el sol teñía de rojo el horizonte, en un tono que de pronto le pareció que se hacía violento, agresivo. Como el instinto de un criminal.

Por unos momentos, y antes de acercarse a la puerta de la cabaña, Edgar Lloggers se detuvo, vaciló. Presintiendo algo extraño. No se dio cuenta, empero, de que alguien seguía sus pasos, y de que esa persona era su hermano Willand.

Ya ante la cabaña, dio unos cuantos golpes en la puerta. Y quedó a la espera. Poco después, la puerta se entreabrió. Oyó una voz que preguntaba:

—¿Qué desea?

—Hablar con Maximiliano Wangerland —dijo.

—Soy yo —declaró la voz, pero la puerta siguió sin abrirse.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—No —fue la respuesta.

—No ha de temer nada de mí. Soy Edgar Lloggers, el dueño del castillo.

—Dígame lo que desea.

—Por favor, ábrame. No se asuste…

Fue entonces cuando la voz dijo:

—Es usted quien va a asustarse si le dejo pasar. Pero si insiste… —Y la puerta se abrió del todo.

Al ver ante sí al ocupante de la cabaña, a Edgar Lloggers le dio un enorme vuelco el corazón. A un mismo tiempo, el estómago se le revolvió hasta casi hacerle sentir náuseas.

Aquel hombre joven, de no más de veintiocho años, tenía un rostro horrible, espantoso. Lleno de cicatrices, costras y pústulas. Parecía como si se hubiera quemado en el más vaporoso de los incendios, Tenía los párpados tan quemados que casi resultaban inexistentes. Los labios se le habían hundido y los dientes asomaban en un gesto espeluznantemente grotesco.

—Pase…

Edgar Lloggers entró en la cabaña mientras recordaba aquellas palabras: «Mi descendiente es un ser tan pobre, tan infeliz, tan infortunado…»

—Vengo a hablarle de Maggie —empezó a decir Edgar Lloggers, dominando con dificultad el horror que experimentaba ante una faz como aquélla, digna de una demoníaca orgía, de una alucinante y dantesca bacanal.

—¿De Maggie? —preguntó—. No le entiendo, señor.

—Usted tuvo una antepasada que se llamó así. ¿No lo sabía?

—De pequeño oí comentar algo a mi abuela. Creo que la quemaron, por bruja. Cosa de otros tiempos. Pero, lo dicho, no le

entiendo, señor.

—Dentro de poco —anunció Edgar Lloggers— volveremos a vernos. En esa ocasión le traeré dinero. Ciento cincuenta mil libras.

—¿Qué...? —Y a través de sus terribles cicatrices, de sus escalofriantes costras, de sus asquerosas pústulas, se leyó su asombro, su pasmo, y a la vez su incredulidad—, ¿Qué ha dicho usted...?

—Que le traeré ciento cincuenta mil libras. Usted deberá aceptarlas como un regalo que le hace Maggie, su antepasada.

—Mire, señor —observó Maximiliano Wangerland—, si ha venido usted para reírse a mi costa, vale más que dé media vuelta y se vaya. Como supongo que se hará cargo después de verme, no tengo sentido del humor.

—Le aseguro que es verdad lo que le he dicho. Vendré de nuevo a verle y...

—Y me hará rico —soltó una mordaz y escéptica carcajada—. Tan rico que hasta podré comprar las dulces y amorosas caricias de una mujer hermosa.

—Sí, sí —afirmó Edgar Lloggers—. Y se lo deberá a Maggie...

—Una mujer que vivió en el castillo —completó Maximiliano Wangerland—. En ese castillo que ahora es suyo, ¿no es eso?, y que debió ser mío. Pero mis bisabuelos se arruinaron y hubo que vender la posesión. Pero lo peor no fue eso. Lo peor fue que, a partir de entonces, la desgracia se cebó con los que llevaban nuestro apellido. Como una peste que estuviera empeñada en diezmarnos. Ahora sólo quedo yo, que de niño caí de bruces en un brasero... ¡Pero por todos los demonios! ¿Por qué le estoy contando esas cosas a usted? —barbotó.

—Maggie se tomó una pócima antes de ser condenada a la hoguera —refirió Edgar Lloggers—, y debido a ello...

—No me diga más, ha vuelto a la vida. —Maximiliano Wangerland soltó de nuevo una carcajada—. ¡Estupendo para contarlo ante un corro de niños! ¡Pero yo soy ya un adulto! —exclamó de súbito—. ¡Vaya con esa historia a otro lado! ¿O acaso...? —y se le quedó mirando.

—No estoy mal de la cabeza, si es eso lo que está pensando —repuso Edgar Lloggers—, Por lo demás, le demostraré que he hablado en serio, muy en serio... Le traeré el dinero a no tardar... porque todo me está saliendo a las mil maravillas.

—Lo celebro por usted.

—Debe celebrarlo por usted mismo. No creo que le venga nada mal ese dinero.

—Debe estar preguntándose de qué vivo, ¿no es eso? Voy a decírselo; de la compasión de algunas personas.

—Pues en adelante no necesitará de la compasión de nadie. Le

traeré el dinero y podrá…

—A juzgar por la cifra que me ha dicho, podré hacer muchas cosas. Lo malo de todo esto es que no termino de creérmelo.

—Me hago cargo. Para creer eso, antes tendría que creer en brujas… No, yo tampoco creía en ellas. Pero Maggie se me apareció la otra noche, sobre el montículo, y desde entonces…

Quiso convencer a Maximiliano Wangerland. No lo consiguió por más empeño que puso. Por eso, sin duda, su rostro deformado, carcomido, siguió expresando incredulidad.

Cuando salió de la cabaña, Maximiliano Wangerland se quedó en el umbral, viéndole marchar, como preguntándose si, efectivamente, le volvería a ver. El sol rojizo no había desaparecido aún en el horizonte y tenía el mismo tono de antes, violento y agresivo.

Pasados un par de minutos Willand Lloggers salió de entre los matorrales en que, agachado, agazapado, había permanecido hasta entonces viendo cómo su hermano entraba en la cabaña y dialogaba con aquel joven cuyo rostro, por el mero hecho de mirarlo, cortaba la respiración.

¿A qué habría ido Edgar hasta allí? ¿A qué tantos secretos? Se lo preguntaría. Antes de hacerlo, no obstante, prefería acercarse a la cabaña y hacer un par de preguntas a ese joven. Quería creer que no tendría inconveniente en dialogar un poco con él. Todavía no había iniciado Maximiliano Wangerland el gesto de cerrar la puerta de su cabaña, cuando se le acercó.

—Buenas tardes —saludó amable y cordial.

—Hoy es día de visitas —masculló el interpelado.

—Le he visto hablando con un señor…

—Supongo que puedo hablar con quien quiera, ¿no? —pero no quiso perder la calma—. Es el dueño del castillo. Se apellida Lloggers. Eso me ha dicho.

—¿Es amigo suyo? —preguntó Willand.

—¿Cree usted sinceramente que yo tengo cara de amigos de tanta categoría?

—¿De qué han hablado?

—Es usted muy curioso.

—No me lo tome a mal, no es mi intención incomodarle, se lo aseguro. —Y sacando un billete y poniéndoselo en las manos—: ¿De qué han hablado, por favor?

—De brujas —respondió, tras aceptar el billete y metérselo en el bolsillo del pantalón.

—¿De qué ha dicho…?

—De brujas —repitió Wangerland—. ¿Acaso no sabe lo que es eso?

—¿A qué se debe que hayan tenido tan anormal e infrecuente

tema de conversación?

—No lo sé —contestó Maximiliano Wangerland—. Yo no he elegido el tema. ¿Algo más?

Willand Lloggers comprendió que no iba a servirle de nada seguir hablando con aquel hombre, así que decidió despedirse y regresar al castillo. Su hermano se lo aclararía todo.

Pero ya de regreso, Willand Lloggers no había de avanzar más de doscientos metros sin tener un encuentro. Completamente inesperado. Tanto, que se quedó sin saber qué pensar de la persona que se le había puesto delante.

—¿Tú...?

—Sí, yo —fue la respuesta—. Parece asombrado de verme. O mucho me equivoco...

—No, no te equivocas. Me asombra encontrarte aquí. Lo que menos podía esperar.

El tono de su voz había vacilado ostensiblemente. Tal vez porque acababa de recordar que, según Perry Gamet, Miriam había caído por el barranco porque alguien la había empujado.

—Le he seguido...

—¿Por qué? —Su voz vaciló aún más.

—Para ver qué hacía. Ya lo he visto. Husmear descaradamente.

—Quería ver adónde iba mi hermano. Simplemente por curiosidad...

—Una curiosidad que a mí me ha ido a contrapelo. ¿Sabe por qué...? —Sus ojos brillaron malignamente, perversamente.

¡Y Willand Lloggers tuvo tentaciones de gritar! Pero contuvo su miedo. Si bien tuvo que hacer un esfuerzo enorme, increíble.

—No me gusta que nadie se ponga en mi camino. —Tras estas palabras, surgió una pistola.

—¿Qué haces? ¿Qué significa esto...?

La respuesta resultaba obvia. Tanto que Willand no pudo reprimir un grito agudo, penetrante, que rasgó el aire y retembló en el bosque como un surco de demencial terror.

La pistola había sido disparada y la bala se le incrustó en el cerebro.

Willand Lloggers cayó desplomado sobre la hierba. Su cabeza rezumaba sangre. Pero aún vivía...

La pistola volvió a acercarse a su cabeza, a su sien. Se trataba de acabar de una vez. El índice de aquella mano asesina repitió el gesto. Y una segunda bala atravesó el cerebro de Willand Lloggers. Una tercera, por si acaso, completó la tarea.

*

Había optado por seguir a Edgar Lloggers. Cuando dijo que iba a dar un paseo, simplemente no le creyó. Había algo más, algo relacionado con la bruja Maggie y con su descendiente, que, según quedó dicho, vivía en una cabaña, en el bosque.

Así que, Perry Gamet se dispuso a ir tras Edgar Lloggers. No le perdería de vista. De momento tuvo que conformarse con seguirle a distancia, pues de lo contrario no hubiera con seguido su propósito, esto es, que se sintiera libre de movimientos y que hiciera exactamente lo que deseaba hacer.

Pronto se internaron en el frondoso bosque y entonces le fue ya más fácil seguirle de cerca. Satisfecho de esta circunstancia, Perry se dijo que iba a poder enterarse perfectamente de lo que hacía. A su espalda quedaba una pendiente bastan te larga y pronunciada. Oyó un ruido cercano, y comprendió que a su vez había sido seguido. Pero no tuvo ocasión de ponerse en guardia. Algo duro se estrelló violentamente en su cabeza.

Sintió como si de pronto alguien le hubiera metido en un tiovivo. Y aunque se esforzó por mantener la verticalidad, lo cierto es que la vista se le había enturbiado y que el suelo se le iba hacia arriba, o él hacia abajo. Presintió que iba a perder el sentido. Y en aquella última milésima de segundo que aún le quedaba de conciencia, que si se desvanecía allí, quedaría a merced del agresor. Se acentuaba ya la borrosa visión de sus ojos, pero sus reflejos le respondieron inmejorablemente. Inclinó su cuerpo hacia la pendiente que había a sus espaldas. No cabía duda, al desvanecerse caería rodando por el terraplén, e iría a parar a muchos metros de distancia. Hasta donde no era probable que le siguiera su desconocido agresor.

En efecto, el cuerpo de Perry cayó rodando y acabó quedando inerte, pero lejos, muy lejos del lugar donde había sido atacado. Cuando recuperó el conocimiento, Perry no pudo saber el tiempo que había transcurrido. Sólo supo que le dolía mucho la cabeza.

—¿Qué le ha pasado, señor Gamet?

Miró hacia donde había sonado la acariciante voz de mujer y vio a Raquel, que parecía muy preocupada.

—Nada de particular, ya estoy bien —respondió—. Es que me han dado con no sé qué en la cabeza… Con algo muy duro, eso puedo asegurárselo.

—¿Quiere que le ayude a poner en pie? —se ofreció la -.chacha.

—No, nada de eso —se levantó por sí mismo—. A propósito. ¿cómo es que está usted aquí?

—He visto que salía del castillo el señor Lloggers, me refiero a Willand Lloggers, y he sentido la corazonada de que debía seguirle… No sé por qué, ésta es la verdad… Pero lo te hecho, le he seguido…

—Por lo visto —reflexionó Perry— aquí todo el mundo sigue a

alguien. Bueno, dígame, ¿ha averiguado algo que valga la pena?

—El señor Willand Lloggers se ha internado en el bosque, parecía seguir a alguien.

—Sin duda a su hermano. Lo mismo que yo.

—Pero he perdido su pista. Pasado un rato —añadió Ra- : .el— le he visto a usted aquí, en el fondo del terraplén, sin sentido. Me he llevado un susto horrible.

—Gracias, guapa.

—Lo único que puedo decirle es que me ha parecido que alguien, al verme llegar a mí, ha huido..

—¿Un hombre o una mujer?

—No sé.

—En fin, que Edgar Lloggers ha salido del castillo con alguna idea concreta... Y su hermano y yo le hemos seguido, y alguien que no era usted, Raquel, a su vez nos ha seguido a nosotros... Y ese alguien me ha dado a mí un trompazo. Ojalá eso sea todo.

—¿Teme algo peor? Parece preocupado.

—Cuando vea que Edgar y Willand Lloggers siguen sanos y salvos, dejaré de estarlo. Pero, en fin, de momento vale más que siga con lo que hacía.

Se internó en el bosque, en busca de un indicio que le orientara. Raquel quiso acompañarle, prometiéndole que no le estorbaría. Perry aceptó.

Pasado un rato, distinguieron la cabaña. Apareció ante ellos cuando ya declinaba el día y cuando se estaban diciendo que lo mejor iba a ser regresar al castillo.

—Vamos a ver a la persona que habita ahí... —apuntó Perry.

—Tal vez esté abandonada —insinuó Raquel.

Al llegar ante la cabaña vieron que la puerta estaba entreabierta. Como si alguien se hubiera ido de allí aprisa y corriendo, faltándole tiempo para cerrarla.

Perry empujó la puerta y dio unas cuantas zancadas en el interior de la rústica vivienda. No vio a nadie.

Sin embargo, un resto de cigarrillo le indicó a las claras que allí dentro había estado alguien, y de eso hacía bien poco.

—¿Qué...? —preguntó Raquel.

—Vacío —contestó Perry.

—Esperaba encontrar a la persona que le ha dado un gol pe en la cabeza, ¿verdad?

—No del todo.

—¿Entonces...? —quiso saber.

—Esperaba encontrarme con alguien. Pero, sinceramente, no sé con quién... —No mencionó a Maximiliano Wangerland—. Bueno, regresemos. Aquí ya está todo visto.

Fue en el camino de regreso cuando, de pronto, toparon con el cadáver de Willand Lloggers. Tenía tres orificios en la cabeza. Tres agujeros escalofriantes.

CAPITULO V

La muerte de Willand Lloggers parecía haber quedado bailoteando macabramente en el ambiente del castillo.

Esa muerte, añadida a la de Miriam, se había convertido, y no sin razón, en un inquietante y terrible interrogante. Un interrogante que pesaba como plomo y que daba la impresión de querer aplastarles.

La esposa de Willand, ahora su viuda, parecía soportar aquel peso, no obstante, mejor que los demás componentes de la familia. Tal vez porque no quería abandonarse a su dolor, comprendiendo que necesitaba de sus cinco sentidos.

—Debo averiguar quién ha sido —decía y repetía Virginia.

Edgar Lloggers se había dedicado a consolarla. Nunca como en esos momentos sentía aprecio y cariño por aquella mujer que siempre había sido sencillamente encantadora.

—El inspector dará con el culpable.

—Confío más en el señor Gamet —declaró Virginia en una ocasión. Y como sea que el detective se acercaba, le preguntó—: Usted está ya sospechando de alguien, ¿verdad?

—Todavía no.

—Estoy segura de que sí, de que ya sospecha de alguien... —Y con viva ansiedad—. Dígame de quién, por favor.

—Le aseguro, señora, que todavía no estoy en condiciones de afirmar nada.

—Está recelando de Burt y de Melinda —había bajado el tono, tanto que el detective apenas pudo oírla—. Pues sus recelos son los míos, lo confieso... Eso de que Burt diga que ya no se siente arrastrado por el vicio del juego... y que Melinda asegure que ha conseguido apartar de su vida a ese hombre que la tenía esclavizada... Francamente, no termino de creérmelo.

—Yo sí les creo —intervino Edgar Lloggers, con la imagen de Maggie Wangerland en el pensamiento—, Pero ¿qué tiene que ver el sincero o engañoso comportamiento de mis sobrinos con la muerte de mi hermano y con la muerte de Miriam?

—Eso no lo sé —contestó Virginia—, ¿Qué piensa usted al respecto, señor Gamet?

—Burt y Melinda parecen sinceros —repuso Perry—. De momento no cabe honestamente hacer objeciones.

En efecto, Melinda sólo daba muestras de estar sufriendo por la desaparición de su querido tío Willand. Por lo demás, antes telefoneaba constantemente a Robert Sterling, vivía excitada y pendiente de sus palabras, de sus respuestas, de sus citas. Y todo aquello, evidentemente, había quedado atrás.

En cuanto a Burt, daba la sensación de que el vicio del juego era algo ya totalmente ajeno a él. Como una mala nube que pasa y se pierde a lo lejos y uno comprende que no ha de volver.

Su esposa, Katy, se resistía sin embargo a creer en aquella nueva dicha. Temía que se tratara de un espejismo. Pero Burt no se apartaba de su lado y se mostraba muy cariñoso, y su único empeño era persuadirla de que todo volvería a ser como antes.

—Dame tiempo para que me convenza —decía Katy. Sabía que los demás no iban a oírles, pues ellos estaban a solas en otra de las grandes estancias del castillo— porque ha pasado mucho desde que entre nosotros sólo ha habido un cubrir las apariencias… Que ahora, tan de pronto, seas el que conocí, se me antoja tan raro, tan incomprensible… Compréndeme.

—Te comprendo. Pero no tardarás en convencerte, Katy querida, de mi sinceridad, y entonces te olvidarás de los menosprecios que te he hecho sufrir.

—Lo deseo con toda mi alma. ¡No sabes cómo lo deseo! Pero tengo miedo a confiar en ti. Déjame unos días…

—¿Cuántos? —inquirió Burt, impaciente y amoroso—. Necesito sentirte de nuevo a mi lado, en mi cama, muy apretada contra mí…

—Si sigues comportándote bien, no tardaré en acceder —contestó Katy—. Sabes de sobras lo mucho que te quiero. Sin embargo…

—¿Qué, Katy?

—¿Quién ha matado a tío Willand? ¿Y a Miriam? Si he de decirte la verdad, me siento sobrecogida…

—Lo sucedido a tío Willand y a Miriam no tiene nada que ver con nosotros, con nuestro amor —aseguró Burt.

—¿Seguro…? —y tenía la duda clavada dentro, como una espina, como una punzante y envenenada espina.

—¿Qué quieres decir, Katy? —no dio muestras de alterarse.

—Sabes de sobras cómo era tío Willand —dijo Katy—, Un hombre serio, muy responsable, que no transigía con ciertas cosas. Un hombre que continuamente le decía a tío Edgar que, o tú cambiabas de actitud o debía desheredarte. Como debía desheredar a Miriam si no encauzaba su vida con un mínimo de honestidad…

—¿Adonde quieres ir a parar, Katy?

—¡No, no quiero ni pensarlo! —exclamó Katy—. ¡No quiero sufrir con ese pensamiento horrible!

—¿Qué pensamiento? ¡Por Dios, Katy!, ¿de qué me estás creyendo capaz?

—Oh, no, no te creo capaz de eso… Perdóname. ¡Abrázame, Burt, y hazme olvidar el terrible abismo que ha terminado separándonos!

Burt la abrazó.

—Te lo juro, Katy —musitó—. Yo no tengo nada que ver con la

muerte de tío Willand ni con la muerte de Miriam.

En la biblioteca, la conversación era distinta, muy distinta, entre Perry Gamet y Raquel.

No hacía falta ser un lince para comprender que se habían gustado desde el primer momento y que todo tenía el aspecto de ir a acabar bien, muy bien. Es decir, de esa forma que une a un hombre y a una mujer para toda la vida.

No obstante, la charla no tardó en derivarse hacia Ia situación en la que se hallaban involucrados todos los que vivían bajo aquel techo. Un-techo que fue, según se aseguraba, el de Ia bruja Maggie.

—No sé de quién desconfiar —dijo Raquel—. Todos me parecen buenas personas, incapaces de nada malo... —No enteramente convencida de sus propias palabras, la muchacha se interrumpió—: Dime, ¿qué opinas tú, Perry?

Se llamaban por sus respectivos nombres. Se tuteaban. No en vano habían transcurrido ya varios días, ya casi dos semanas, desde los últimos hechos acaecidos.

—Ayer estuve en la ciudad —repuso el detective—. Indagué todo lo que pude, esforzándome por no dejar cabos sueltos. Reconozco que algo conseguí.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Se trata de encontrar puntos de contacto entre unas vi das reales, auténticas, y la vida de una bruja.

—¿De una bruja...?

—De Maggie Wangerland. ¿No recuerdas el libro...? —sugirió el detective—. Yo he sacado la conclusión, evidente e incuestionable, de que Edgar Lloggers vive obsesionado con esa historia del pasado. Tan terriblemente obsesionado que a nadie debe haberle pasado inadvertido el hecho, la circunstancia... Y menos que a nadie, claro está, a sus sobrinos Burt y Melinda. ¿Comprendes, Raquel? Cuando se es detective y se husmea en las vidas de los demás, te aseguro que uno se queda perplejo y a la vez horrorizado al ver las cosas que los seres humanos son capaces de hacer por dinero. Y Edgar Lloggers es fabulosamente rico, ¿no?

No mucho rato después, Norma Planke llegó al castillo dispuesta a mostrarse amable y afectuosa con todos y cada uno de los componentes de la familia. Después de los trágicos acontecimientos, no hubiera estado bien que se abstuviera de hacerles una nueva visita.

Una visita que, por descontado, le facilitó la ocasión de hablar a solas a Edgar Lloggers.

—Lamenté muchísimo que no viniera a mi fiesta de cumpleaños. Y lo lamenté doblemente porque-su ausencia se debió a la muerte de su hermano, al asesinato de su hermano. Espero, señor Lloggers —

agregó, esbozando una sonrisa— que a pesar de todo no tarde en ir a verme un día, a mi casa. Formalizaríamos nuestra unión...

—¿Sigues deseándolo, Norma? —Y Edgar Lloggers veía en su expresión, en sus ojos, que sí, que Ia muchacha deseaba casarse con él.

—Sigo deseándolo —afirmó.

—No me lo creería —dijo Edgar Lloggers— a no ser por...

—¿Por qué? —preguntó Norma. Pero sí, te creo —aseguró finalmente— y me siento afortunado. Tan afortunado que comprendo que el precio es barato... —concluyó en voz baja.

—¿Qué precio? —le preguntó Norma—. Le encuentro misterioso —concluyó intrigada.

—Por lo que a ti respecta, me encuentras feliz, muy feliz. No es lo mismo.

Pero no era auténtica la felicidad de Edgar Lloggers. No podía serlo porque, a pesar de creer firmemente que los poderes de una bruja habían dado un giro favorable a su vida sentimental, ahora tenía Ia sospecha de que esa misma bruja podía ser Ia causante de que su hermano Willand hubiera muerto.

Era una sospecha que no parecía infundada, pero ahí estaba, metida dentro de él, aguijoneándole, torturándole, no dejándole respirar a gusto. Casi haciéndole sentir remordimientos.

Maggie Wangerland le había asegurado que aprovecharía sus poderes de hechicería para ayudarle. No para nada malo, no, todo lo contrario. Fueron sus propias palabras. Y cierta mente, Burt había cambiado para bien, y Melinda otro tanto. Respecto a Norma Planke, quería formalizar cuanto antes el compromiso matrimonial. ¿Por qué, pues, recelar de Maggie Wangerland?

Sin embargo, lo cierto es que no podía desechar las dudas. No había vuelto por la cabaña, ni se había dirigido de nuevo hacia lo alto del montículo. No había querido encontrarse otra vez con Maximiliano Wangerland. Menos aún con Maggie. Antes tenía que poner orden en sus ideas. No podía actuar a la ligera. ¡Todo aquello resultaba tan sorprendente, tan inquietante, tan terriblemente turbador!

*

Había llegado la noche y todos se habían retirado a sus aposentos. Menos Edgar Lloggers que se había quedado en el salón. Quería cobrar ánimos, alientos, y ser capaz de enfrentarse de nuevo con el pasado. Con ese pasado del que la bruja Maggie era un insólito representante. Tenía que hacer -

Io, porque entre Maggie Wangerland y él existía un pacto, un

mutuo compromiso. Y puesto que ella había cumplido su parte, a él también le correspondía cumplir.

Mas no era fácil seguir adelante. Se sentía lleno de temo res, de incertidumbres, de extraños miedos. Tal vez porque vivía pendiente de la ayuda de una muerta. Porque, en definitiva, Maggie Wangerland no era otra cosa. Era una mujer que murió quemada en la hoguera.

Con éstas y otras vacilaciones, más o menos sensatas, más o menos coherentes, Edgar Lloggers se dirigió al mueble bar y se sirvió un whisky. Una vez ingerido, se sintió mejor, más fuerte, más seguro de sí mismo. Más capaz de todo aquello que, durante días y días, se había visto obligado a postergar.

Decidió tomarse un segundo whisky. Y acabó bebiéndose varios, y acabó, en conclusión, como aquella otra vez. Borracho.

Sin embargo, al estar borracho ya no le pareció difícil, ni arduo, el hecho de encaminarse hacia el montículo. Esa idea, inquietante hasta entonces, había quedado superada. Claro que, pensó, podía llegar hasta allí, hasta el montículo, y no encontrar a Maggie. Pero necesitaba volver a verla y convencerse de que sus temores eran infundados, de que nada tenían que ver los poderes de Ia brujería con la muerte de su herma no Willand y de la doncella Miriam.

Y si una cosa se hallaba desligada de la otra, ¿quién era el asesino? ¿Y qué móvil le arrastraba a ese asesino a...? Bueno, en tal caso la policía ya daría con el culpable. Antes o después todo quedaría esclarecido.

Ya fuera del castillo, Edgar Lloggers descendió por la colina y luego inició el ascenso del cercano montículo. Avanzaba a través de la oscuridad con pasos inseguros, dando tumbos, pero sabiendo muy bien lo que hacía y lo que quería.

De súbito surgió un extraño resplandor. Como de una hoguera que hubiera sido encendida. Esta vez no se dejó sentir un viento fuerte, arremolinado. Ni se vieron sutiles, vaporosas y etéreas cenizas.

Sin necesidad de eso apareció una figura humana. La figura de una mujer joven, vestida con una capa de terciopelo de color escarlata.

Ya en lo alto del montículo, ya junto a la aparición, Ed gar Lloggers murmuró:

—Maggie...

—Sí, soy yo —contestó ella.

Se fijó en sus ojos. Eran verdes y rasgados como los de un auténtico felino. ¡Como los de una bruja!

—Me alegro de encontrarte.

—¿Sí? —inquirió Maggie con su voz singular, de extrañas inflexiones, que desde luego no parecía humana.

—Sí, sí... —aseguró Edgar Lloggers, mientras notaba que la cabeza le daba vueltas.

—Dime, ¿prefieres que rompamos el pacto...? De ser así, no tienes por qué andarte con rodeos. Eres muy dueño de proceder como quieras.

—No, no...

—¿Entonces...? —quiso saber Maggie—. ¿Qué significa que no hayas cumplido lo acordado? Yo sí he cumplido mi parte. Lo primero que hice es convertirme en una vieja encorvada como un arco, desdentada. Apoyándome en un bastón me fui hasta la carretera e hice señal de parada al coche de tu sobrino Burt. Y cuando se detuvo, con la fijeza de mi mirada, de mis ojos, le metí dentro del cuerpo una fuerza misteriosa, irresistible...

—Lo sé —asintió Edgar Lloggers—, mi propio sobrino me lo dijo.

—Luego me convertí en una niña de unos diez u once años y me fui a un parador. Allí estaba tu sobrina Melinda, ante la barra. Me acerqué a ella y le pregunté si había visto a mi madre... Y fue precisamente entonces, al mirarla muy fija, cuando le transmití la orden de olvidar a ese tal Robert Sterling.

—Lo sé —repitió Edgar Lloggers—, mi propia sobrina me lo dijo.

—Poco después me convertía en una mendiga, vestida de harapos. Acudí a la casa de Norma Planke y pedí una limosna, lo que buenamente pudieran darme. Como sea que me abriera ella misma, la miré clavándole hasta lo más hondo mi mirada. Estoy segura, segurísima, de que en ese instante empezó a amarte...

—Sí, es cierto —corroboró Edgar Lloggers.

—Pues si yo he cumplido, ¿por qué no has cumplido tú? —le recriminó—. Pero, bueno, no tienes que darme explicaciones si no quieres. Puedes volverte atrás... Claro que, en ese caso, tu sobrino Burt se sentirá de nuevo atraído por el vicio del juego, tu sobrina Melinda se sentirá otra vez apasionadamente enamorada de ese hombre... En cuanto a Norma Planke, se dará cuenta de que eres un viejo...

—No, ¡no! —exclamó Edgar Lloggers—, ¡No quiero que suceda nada de lo que has dicho!

—En tal caso, no te toca otro remedio que...

—Que entregar el dinero convenido. Sí, de acuerdo. Pero antes necesito saber... —seguía sin poder desechar las dudas, los recelos, no sabía qué —necesito saber... si tú tienes algo que ver con la muerte de...

—¿De tu hermano Willand? ¿De la doncella Miriam? ¿Tan mala opinión te merezco? Oh, no, yo no tengo la culpa de lo sucedido, te lo aseguro.

—Me tranquiliza oírte —contestó Edgar Lloggers, y en efecto,

respiró más hondo—. Sí, llevaré el dinero a la cabaña. Tenía que haberlo hecho antes, pero…

—De hacerlo antes —le explicó Maggie— no hubieras encontrado allí a mi descendiente, Maximiliano Wangerland. Cuando se enteró de que tu hermano Willand había muerto asesinado cerca de la cabaña, temió resultar sospechoso, le entró miedo y se fue de allí. Pero ha vuelto, en realidad no tiene otro lugar donde vivir. Es un ser tan desafortunado… Pero recuerda que ésta mi nueva vida va a ser corta, y que si concluye sin que hayas cumplido tu parte en lo convenido, mis hechizos desaparecerán…

—Te prometo que actuaré con rapidez.

—En eso confío —dijo Maggie—. Edgar Lloggers la vio alejarse mientras sentía que, sin duda debido a los whiskys, la cabeza volvía a darle vueltas.

CAPITULO VI

Virginia no se había acostado.

Se había metido en su dormitorio, había apagado la luz, pero se había quedado yendo de un extremo al otro de la estancia como quien, en realidad, se siente enjaulada.

Y sí, se sentía enjaulada. Por la tarde había oído cómo cierta persona hablaba por teléfono, y a través de algunas palabras que le llegaron a los oídos, se desprendía algo inquietante, evidentemente. Algo que no captó de momento. Ahora sí, y por eso temía no poder salir de allí sin levantar las sospechas de esa persona. Una persona que se había dado cuenta de que ella había oído dicha conversación telefónica. Esperaba encontrar el momento adecuado para salir en busca del inspector de policía. O en busca del detective, de Perry Gamet. Le tenía más cerca.

Había cerrado con pestillo la puerta de su dormitorio, la que daba al corredor. No quería sorpresas inesperadas. Que no resultarían nada agradables, huelga decirlo. Pero de pronto cayó en la cuenta del lamentable descuido que había cometido. El dormitorio tenía otra puerta. Esta daba al cuarto de aseo y en él había una ventana que se abría sobre una cornisa lo suficientemente ancha como para que alguien, de ser un poco osado, se atreviera a pasar por allí.

Ella no lo haría. A sus años no estaba para eso, aunque aún se consideraba bastante joven. Pero una persona con menos edad... Desde la explanada de la colina, al mirar hacia la fachada principal del castillo, había reparado en repetidas ocasiones en esa ventana que podía llamar la atención de un asaltante... Se precipitó hacia el cuarto de aseo. Cerraría herméticamente la ventana y quedaría, de momento al menos, totalmente a salvo.

Sin embargo, alguien estaba ya allí. Alguien había entrado ya por aquella ventana. Sus precauciones llegaban tarde. Tuvo tentaciones de gritar, de pedir socorro, pero vio ya ante sí una pistola con silenciador; sólo cabía entablar un posible diálogo.

—Estoy dispuesta a ser discreta, a no decir nada... —balbució—. Es fácil comprenderlo, a mí lo único que me interesa es seguir viviendo...

—No soy fácil de engañar —fue la respuesta, reflejo de un corazón duro, cruel—. Si te dejara con vida me delatarías.

—No, te aseguro que no... —pero ella misma comprendió lo poco convincente de su tono y quedó sin voz.

—Nadie ha de delatarme. Así que, sólo queda una solución, ésta... —y apretó el gatillo.

Instantes antes, aquella maldita persona había alzado la pistola,

apuntando a la cabeza de Virginia, quien, viéndose ya muerta, abrió la boca para gritar. Pero la bala le atravesó el cerebro, y el grito no salió de su garganta; se desplomó, cerca de la bañera.

*

Dejando atrás el montículo, Edgar Lloggers ascendió por la colina y llegó finalmente al castillo, donde no vio a nadie. Le recibió la luz encendida del salón y esto le hizo creer que alguien estaba allí. Miró hacia la escalera, y le pareció mucho más empinada que de ordinario. Resultaba evidente que los whiskys no iban a facilitarle el ascenso. Por eso le sedujo la idea de ir al salón y dejarse caer en un cómodo sillón. No pudo hacerlo correctamente, pues tropezó en el mismo vestíbulo con uno de los muebles, derrumbando una lamparita. El ruido resultó casi estruendoso y Edgar Lloggers se dijo que Perry Gamet no tardaría en salir de su dormitorio para ver qué había sucedido. Pero no fue el detective el que apareció en lo alto de la escalera, sino Raquel. La muchacha que había contratado como bibliotecaria.

—¿Qué le ha pasado, señor Lloggers? —preguntó bajando—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Lamento haberla despertado. Es que he salido a dar una vuelta.

—¿Una vuelta a estas horas, señor Lloggers?

—He bebido unos cuantos whiskys y...

—Me extraña que el señor Gamet no haya oído el ruido que he hecho al derribar la lamparita —comentó poco después ya sentado.

—El señor Gamet —le informó la muchacha— ha salido del castillo.

—¿Cómo ha dicho?

—Que ha salido tras usted, señor Lloggers. Ya lo hizo en otra ocasión, pero alguien le dio un fuerte golpe en la cabeza y perdió el conocimiento. Se quedó, en aquella ocasión, sin saber adónde se dirigía usted... Hoy —concretó Raquel— seguro que ha tomado las precauciones precisas.

—No ha debido salir.

—Un detective tiene ciertas obligaciones. Además, ha habido ya dos muertes. Comprenda que...

—Sí, sí, lo comprendo. —Pero yo le aseguro que esas muertes no han tenido nada que ver con mis salidas nocturnas...

—Eso será el señor Gamet quien deberá decirlo, ¿no le parece? Bien mirado el detective es él, no usted ni yo.

CAPITULO VII

Perry Gamet, en efecto, había salido del castillo siguiendo los pasos de Edgar Lloggers. Se trataba de averiguar adónde iba y con quién se entrevistaba. Y vio que esta vez no se dirigió hacia el bosque, hacia la cabaña, sino que se fue vacilante hacia lo alto del montículo.

Cuando Lloggers llegó allí, en el montículo, surgió un extraño resplandor. Perry había ido por otro camino, por lo que le resultó sencillísimo ver qué explicación tenía ése, al parecer, insólito y desconcertante resplandor.

Por aquel lado, el opuesto al que siguió Edgar Lloggers, se hallaba agazapada una mujer. Una mujer joven a la que el detective reconoció en el acto. Era Norma Planke. Tenía en la mano una bengala encendida. Perry siguió donde estaba, queriendo ver en qué acababa aquello.

Y sucedió que surgió otra mujer, ésta ataviada con una capa de terciopelo de color escarlata. Tenía los ojos verdes y rasgados, y los cabellos muy largos y rubios. Respecto a su bello y exótico rostro costaba poco imaginar que aquello no era más que una mascarilla de plástico. Perry comprendió que aquélla sería Maggie, la bruja.

A continuación escuchó lo que la mujer de la capa de color escarlata decía a Edgar Lloggers y lo que éste, asimismo, le decía a ella. Entonces supo ya exactamente de qué se trataba. Podía intervenir en aquel preciso momento, demostrando a Edgar Lloggers que le estaban engañando. Pero lo pensó bien y decidió no hacerlo así. Tenía que llegar al fondo de la cuestión y precipitarse podía resultar erróneo, perjudicial.

En consecuencia, Perry siguió a la expectativa de lo que aconteciera. Quedó pendiente, pues, de aquellas dos mujeres, personajes desconcertantes de aquella extraña ficción. Pasado un rato, ya lejos de allí Edgar Lloggers, las dos mujeres se reunieron.

—Hoy también ha venido bebido —comentó Norma Planke—. Daba tumbos.

—Mejor así —contestó la otra mujer, ya sin cambiar, ya sin trasformar su voz.

Una voz que Perry reconoció de inmediato. Era la de Melinda, que añadió:

—Voy a quitarme la mascarilla... Se me pega a la cara y me molesta.

—Quítate también las lentillas —le aconsejó Norma Planke—. No es bueno que las lleves demasiado tiempo.

—Más que lentillas —dijo Melinda, riéndose— son auténticos ojos

de bruja.

—Has conseguido que tu tío no te reconozca —repuso Norma Planke—. Más no se puede pedir.

—Se puede pedir —repuso Melinda— que se desprenda del dinero de una vez.

—¿Crees que lo hará pronto?

—Sí —afirmó Melinda, convencida.

—Entonces cobraré yo mi parte —dijo Norma Planke.

—Te la habrás ganado. Bien tuya será.

—He colaborado como me pedisteis. El primer día, encendiendo una bengala para que surgiera el deseado resplandor, como he hecho hoy. Después, echando aquellas cenizas al aire, para que el viento las arremolinara. Más adelante, acudiendo al castillo y diciéndole a tu tío que le amaba.

—Se trataba de que todo saliera a su gusto. De otro modo, hazte cargo, no hubiera creído en el poder de la bruja Maggie.

—Le obsesionó leer el libro, le obsesionó tanto que, en realidad, el resto ha resultado sencillo.

Un par de minutos más tarde, las dos mujeres estaban ya en la misma carretera. Donde había detenido un coche, con los faros apagados, por descontado. Era el coche de Norma Planke.

—Me voy a casa —dijo ésta—. Tú te vas ahora a la cabaña, ¿verdad?

—Sí —contestó Melinda, internándose en el bosque. A pesar de la oscuridad avanzaba sin vacilaciones, demostrando que conocía el camino. Apenas llegó al claro en el que se alzaba la cabaña, vio que salía luz por los pequeños ventanucos. Apresuró el paso. Ansiosa, deseosa de llegar.

Ya ante la puerta, llamó de la forma convenida para que el ocupante de la vivienda supiera que era ella.

La puerta se abrió en seguida, apareciendo Maximiliano Wangerland, aquel rostro horrible, espantoso. Lleno de cicatrices, costras y pústulas. Como si se hubiera quemado en el más horripilante incendio.

Melinda entró en la cabaña y dijo:

—Quítate todo eso. Me da náuseas mirarte...

El hombre se desprendió de la horrenda y alucinante mascarilla que cubría su verdadero y auténtico rostro. Y quedó convertido en un hombre guapo, rubio y seductor: Robert Sterling.

*

Melinda se había quitado la capa de color escarlata. Una capa que le confería, que le daba aspecto de dama medieval. Se echó en los

brazos del gigoló. El la estrechó contra su pecho y la besó en la boca apasionadamente. Pero ante todo se trataba de saber si todo había ido como esperaban.

—¿Todo marcha bien?

—Perfectamente —contestó Melinda—. Hoy ha decidido acudir de nuevo al montículo. Ya era hora. Me ha tenido estos días sobre ascuas... Pero sí, ahora ya está decidido a entregar el dinero.

—¿No ha dado muestras de recelar, de desconfiar?

—No. Por lo demás, también hoy ha llegado bebido. Por lo visto, si no bebe no encuentra las fuerzas que necesita para entrevistarse con la bruja Maggie.

—¿Has averiguado si durante estos días tu tío se ha acercado de nuevo a esta cabaña?

—Supongo que no, porque, bajo el disfraz de Maggie, le dije que tú te habías ido de aquí por temor a que la policía pudiera dar contigo y achacarte la muerte de su hermano Willand.

—Le habrás dicho que he vuelto, que de nuevo estoy aquí, ¿no es eso?

—Claro —puntualizó Melinda—. Es a este lugar adonde debe traer el dinero.

—A propósito, ¿sigues segura de que tu tío no reconoce tu voz?

—La cambio, la transformo, no hay modo de reconocerla. Ya sabes que sé hacerlo... En fin, que todo está llegando a su feliz desenlace. ¿Ves, Robert, como organizar toda esta historia fue un gran acierto por mi parte?

—Sí, tienes razón.

—Habrá que repartir el dinero —recordó Melinda— pero es lógico que sea así. De no ser porque Burt se avino a colaborar y porque Norma Planke ha colaborado también... Sin ellos no hubiera habido nada que hacer.

—El éxito ha estribado en que tanto Burt, como tú, como Norma Planke, los tres de común y tácito acuerdo, hayáis conseguido que tío Edgar crea en el poder de la bruja Maggie.

—Está dispuesto a pagar la cantidad que le pedí. En con secuencia, Burt podrá seguir con el juego, que es la única pasión de su vida. La única, por más que su esposa Katy deba estar ahora soñando con recuperar al marido amoroso de otros tiempos.

—Si por alguien lamento todo este enredo, es por ella, por Katy —repuso el guapo y rubio Robert Sterling.

—Yo también —convino Melinda—. Pero ella debía quedar ignorante de nuestro plan. Otra cosa no era posible. En cuanto a Norma Planke, una vez cobrada su parte le dirá a mi tío Edgar que lo siente mucho, muchísimo, pero que sus padres le han prohibido terminantemente que se case con él. Ya libre, el dinero recibido no le

vendrá nada mal. La ver dad es que sus padres están arruinados.

—En cuanto a ti y a mí —dijo él—, podremos amarnos y ser felices. Viajaremos, viviremos bien… Será maravilloso —aseguró Melinda.

—Lo seria, si no fuera por… —vaciló el guapo y rubio Robert Sterling— pero… —de nuevo tuvo reparos en proseguir.

—¿Pero qué? —Melinda no pudo menos de impacientar se—, Dilo de una vez.

—Willand Lloggers murió asesinado. La doncella, Miriam, también… Sé que fuiste tú quien cometió esos crímenes y lo cierto es que me inquieta sobremanera pensar que la policía pueda…

—¿Qué es lo que dices? —Melinda se había sorprendido enormemente—. ¿Que yo… que yo asesiné a mi tío Willand?

¿Y también a Miriam? ¿Es que te has vuelto loco? —Tras una pausa la muchacha añadió—: No te he hablado en ese sentido, pero yo creía que les habías matado tú… Creía que algo se había complicado y que para evitar que nos desenmascararan. ..

—¿Yo…? —Robert Sterling se quedó perplejo—. ¿Yo un asesino…? ¡La que se ha vuelto loca eres tú!

Uno al otro, sin necesidad de más, se habían convencido de que ninguno de ellos había sido. Quedaron mirándose, sin terminar de encontrar sentido a todo lo sucedido.

—Entonces —inquirió Robert Sterling—, ¿quién es el asesino?

—No lo sé —contestó Melinda—, Yo lo organicé todo para sacar una buena cantidad de dinero a tío Edgar. Le vi obsesionado con la lectura de ese libro, con la leyenda de la bruja Maggie, y creí que caería en la trampa con facilidad. Como así en efecto ha sido. Pero de eso a matar a nadie… ;por Dios, Robert, que no soy tan mala!

—Lo mismo te digo, Melinda. Yo quería ese dinero y poder vivir bien. Pero sin cometer ningún crimen. ¡Eso ni por todo el oro del mundo!

Dejaron de hablar. Bruscamente detuvieron la conversación. Al unísono habían sentido la sensación de que una persona les estaba observando desde fuera, a través de los cristales de uno de los ventanucos.

—Había alguien mirándonos, espiándonos, ¿verdad? —preguntó Melinda, estremeciéndose.

—Sí, creo que sí —contestó Robert Sterling, él a su vez también estremeciéndose.

—Salgamos a ver.

—Sí… —aceptó.

Abrieron la puerta de la cabaña y miraron a su alrededor, pero no vieron a nadie. Absolutamente a nadie. Las sombras de la noche se habían hecho más oscuras, más impenetrables. Y a la vez más

inquietantes.

Efectivamente, una persona había estado mirándoles, observándoles. Incluso había estado oyendo parte de lo que decían. Al ver que reparaban en él, optó por alejarse rápidamente de allí, por no dejarse ver. Todo en su momento oportuno.

Esa persona era Perry Gamet.

CAPITULO VIII

Al día siguiente fue encontrado el cadáver de Virginia, en el cuarto de aseo, junto a la bañera.

El inspector de policía llegó poco después y empezó a hablarles de un vagabundo, que durante los últimos días estaba merodeando por los alrededores. Por lo visto daba como posible que fuera el culpable que estaban buscando.

Edgar Lloggers no dio credibilidad a esa sospecha. Aunque estaba convencido que de esa muerte, como de las anteriores, no tenía la culpa la bruja Maggie. Una bruja de cuya existencia no podía dudar. ¿Cómo dudar si con sus propios ojos había visto el extraño resplandor y la operación, de quien surgía de entre unas cenizas que siglos atrás dispersó el viento? ¿Cómo dudar si sus tres mayores deseos se habían visto realizados?

Edgar Lloggers se dijo que actuaría por su cuenta, al margen de lo que pudiera haber sucedido e incluso de lo que pudiera suceder. No, no le diría nada al detective.

Ahora bien, existía un asesino. No creía que fuera el vagabundo que el inspector había mencionado. Un vagabundo, si mataba, mataría para robar, y a su hermano se le encontró la cartera con el dinero dentro. En cuanto a Virginia, el asesino no se había llevado nada; hasta había respetado unas joyas que había sobre el tocador. Por lo que respecta a Miriam, quizá el móvil del crimen fuera otro. Ella era una muchacha provocativa, deseable, que evidentemente podía despertar otra clase de instintos.

Como fuera, el hecho concreto era que el asesino andaba suelto y que no cejaba de cobrarse víctimas. Ya iban tres. Pero la bruja Maggie no había usado sus hechicerías para nada malo, todo lo contrario. Y Edgar Lloggers, convencido de ello, decidió proceder en consecuencia. Debía cumplir lo acordado.

En cuanto les dejó el inspector, se dispuso a salir del castillo. Se pondría al volante de su coche e iría a la ciudad, a su banco, donde retiraría el dinero necesario.

Oyó la voz de Perry Gamet.

—Yo de usted no saldría, señor Lloggers.

Edgar Lloggers vio que todos le miraban. Aquellas palabras le habían detenido poco antes de abandonar el salón.

—¿Se puede saber a qué viene eso?

—Parece haber olvidado —advirtió Perry— que soy el detective cuyos servicios contrató.

—No, no lo he olvidado.

—Entonces, hágame caso y no salga. Convénzase, no tiene nada

que hacer fuera de aquí.

—Se equivoca, señor Gamet, tengo que ir...

—A sacar dinero del banco —había concluido por él—. Pues es eso, precisamente eso, lo que no debe hacer de ninguna manera. A menos que quiera cometer la mayor insensatez de su vida.

—¿Cómo ha sabido usted que yo...? —se desconcertó Edgar Lloggers.

Pero, claro, pudo deducirlo con facilidad. Sabía por Raquel que el detective le había seguido, la noche antes, cuando salió del castillo.

—Entre de nuevo en el salón, por favor —rogó Perry—, y escúcheme... Escúchenme todos —se había vuelto hacia los demás— porque he llegado ya al desenlace de este caso.

Edgar Lloggers volvió a adentrarse en la estancia, considerando que si era cierto lo que Perry Gamet acababa de decir valía la pena que se le prestara atención. Se dirigió hacia donde se hallaban sentados Burt y Melinda.

Ambos se habían puesto muy pálidos, pero al parecer nadie reparó en ello. La pelirroja Katy estaba junto al bien surtido mueble bar. Su marido le había pedido que le sirviera un brandy. No debió tomar muy en serio las palabras del detective, pues se mostró más indiferente que otra cosa.

Raquel por su parte quedó con la respiración cortada. Si Perry había dicho que había llegado ya el desenlace del caso, eso significaba que ya sabía quién era el asesino.

—Le estamos escuchando —indicó Edgar Lloggers, demostrando que encontraba demasiado dilatada aquella pausa.

Pero aquella pausa, como toda circunstancia provocada por Perry Gamet, no se producía porque sí.

Pretendía impacientar a las personas que se hallaban allí, y para conseguirlo no había evidentemente forma más idónea que entretenerse, que perder tiempo, que casi recrearse en esa situación de la que todos, en menor o mayor medida, dependían.

—Me satisface verles tan atentos —comentó Perry, de pie ante ellos, dando la sensación de ser aún más alto y fuerte.

—No comprendo... —murmuró Burt en aquel momento.

—¿Qué es lo que no comprende? —preguntó el detective.

—Si este caso ya no tiene incógnitas para usted, ¿por qué no se lo ha hecho saber así al inspector.de policía?

—He pensado —respondió Perry, con un gesto que podía parecer pedante— que para atrapar al culpable me basto yo.

—Celebro verle tan seguro de sí mismo —comentó Melinda.

Quiso mostrarse tranquila, serena. Como instantes antes lo había pretendido su hermano Burt.

—Señor Lloggers —empezó diciendo Perry—, ha sido usted objeto

de una broma de muy mal gusto. Por calificar lo sucedido de alguna manera, claro... Personalmente opino que esa circunstancia a la que me he referido, merece un calificativo mucho más duro.

—No sé de qué me está hablando —contestó Edgar Lloggers.

—Lo supongo —admitió Perry—, Se lo ha creído todo de un modo tan ingenuo y a la vez tan increíble, que le va a costar hacerse cargo de lo absurdos y ridículos que los humanos podemos llegar a ser cuando una obsesión, de la índole que sea, nos ciega como pudiera hacerlo un paño negro que nos pusieran ante los ojos.

—Sigo sin saber de qué me habla.

—De la bruja Maggie —repuso Perry en esta ocasión—. De su aparición en lo alto del montículo en medio de un extraño resplandor. De los sorprendentes poderes de su hechicería, que han conseguido que se hayan realizado tres grandes deseos suyos, señor Lloggers...

—Sí, así ha sido, en efecto —contestó Edgar Lloggers—. Pero ¿por qué ha calificado de broma...? —se quedó atragantado.

—La bruja Maggie consiguió que su sobrino Burt dejara de sentir el vicio del juego. —Y Perry continuó exponiendo sus puntos de vista —: Consiguió que su sobrina Melinda dejara de estar encaprichada de Robert Sterling. Consiguió, asimismo, que Norma Planke le amara a usted. Pero por lo que he podido deducir, usted no se ha preguntado a sí mismo, señor Lloggers, si los tres, Burt, Melinda y Norma, estarían de acuerdo para tomarle la cabellera... Y no precisamente como hacen los siux en las películas del Oeste. En conclusión, no se ha preguntado si se proponían sacarle una buena cantidad de dinero.

—¿Para sacarme... para sacarme dinero...? —inquirió Edgar Lloggers.

—Eso he dicho, ni más ni menos —manifestó Perry—. Por lo demás, para que empiece a ponerse al día, sepa que ese tal Maximiliano Wangerland es sólo un impostor. De pobre, de infeliz, de desdichado, nada de nada... Su horrible rostro, sus espeluznantes mutilaciones, sólo son efecto de una bien lograda máscara. Como bien hecha estaba la mascarilla de la bruja Maggie, que de bruja auténtica nunca ha tenido nada, pues bajo su disfraz está... —Y Perry se volvió y se quedó mirando a Melinda fijamente.

—¿Por qué me mira así? —preguntó la muchacha, poniéndose nerviosa, muy nerviosa.

—Porque ha sido usted la que ha hecho de bruja Maggie.

—¿Qué disparate es ése? —exclamó—. ¡No había oído uno mayor en toda mi vida!

—Yo le aconsejaría confesar —sugirió Perry—. Lo que usted ha hecho en colaboración con su hermano Burt y su amiguito Robert Sterling y de Norma Planke, no es un inocente juego de niños. Lo

hubiera sido, tal vez, de no haberse producido esas muertes...

—¿Qué quiere decir? —preguntó Burt, aún más nervioso que su hermana.

—Una cosa es jugar a brujas, a disfraces, y a todo eso —puntualizó Perry—. Otra muy distinta cometer asesinatos. Creo que me explico debidamente, ¿no?

—Nosotros no hemos hecho nada —se defendió Melinda—. Nada de lo que usted se está inventando.

—Si niegan la parte ingenua del asunto y luego se demuestra que mienten —repuso Perry— es muy probable que la policía les atribuya esas muertes...

—¡No! ¡Eso no! —exclamó Burt, dándose cuenta de la gravedad de los hechos y perdiendo por completo la serenidad.

Melinda le lanzó una mirada furibunda. Quería que siguiera negando los hechos. Quería que no aceptara culpabilidad ninguna. Pero Burt sabía que al detective no le iba a costar encontrar pruebas contra ellos. Pruebas de que habían sido ellos tres quien habían formado aquel tinglado. En conclusión, pensó que valía más aceptar la parte de culpa que pudiera corresponderle y sacarse de encima otra clase de responsabilidades, sin duda mucho más graves.

—Nosotros no hemos matado a nadie —declaró Burt instantes después—. Sí, admito que queríamos sacar dinero a tío Edgar y que de acuerdo los tres...

—¿Cómo es posible? —Edgar Lloggers parecía no creérselo, no aceptarlo—, ¿Vosotros me habéis hecho esto a mí? ¿Tú, Burt, y tú, Melinda, y también Norma Planke...?

—Sí, los tres —reconoció Burt—, sin olvidar a Robert Sterling que ha colaborado con nosotros para sacar también su tajada en el asunto. Lo lamento, tío.

—Entonces —intervino Katy, y se dirigió a su marido, sólo a él— me has estado engañando. Nada de lo que me dijiste lo sentías verdaderamente...

—Lo lamento —contestó Burt a su esposa—. Fue un error que te casaras conmigo, Katy. Te merecías un hombre mejor. Y no, no creo que nunca deje de ser como soy. Vale más que te vayas haciendo a la idea.

—Os habéis aprovechado de la debilidad de mi carácter —dijo Edgar Lloggers—. De una persona a la que le bastó leer un libro y tener ante los ojos un poco de escenografía barata, aceptar, incluso para admitir la existencia de... brujas —su gesto resultaba tan sarcástico que, evidentemente, se estaba burlando de sí mismo—. Me siento abochornado...

—Tuvimos un mal momento —admitió Melinda, pensando que ya había que dar la cara. Pero sus nervios se habían roto, así que

exclamó—: ¡Pero tú te lo has buscado, tío! ¡Nos amenazaste con desheredarnos si no vivíamos según tus deseos y exigencias... Y yo sin Robert no puedo vivir. ¡Le amo con todas mis fuerzas!

—Sólo busca tu dinero —le aseguró Edgar Lloggers—. Debieras comprenderlo y no aceptar, por propia dignidad.

—Bueno —intercaló Perry Gamet—, algo se ha adelantado y simplificado con sus confesiones. Pero como comprenderán, queda la segunda parte...

—Los crímenes cometidos —completó Burt—. Pero le repito lo dicho antes: Nosotros no hemos matado a nadie.

—¡De eso puede estar seguro! —habló con énfasis el que, hasta hacía poco, había sido el tonto y despistado de la historia—, ¡Mis sobrinos no son unos asesinos!

—Gracias, tío —se emocionó Burt ante aquella defensa que en realidad no se merecía.

—Eres muy bueno, tío —ponderó por su parte Melinda—. Pero yo no soy como tú quisieras... Así que, te lo repito, desoiré tus razones y seguiré al lado de Robert.

—Respecto a quién es el asesino —manifestó Perry Gamet—, ya sé a qué atenerme. Aunque debo reconocer que la casualidad ha colaborado generosamente a mi favor.

—¿La casualidad? —preguntó Edgar Lloggers.

—Yo estuve el otro día en la ciudad, buscando informes y testimonios que pudieran llevarme a alguna conclusión —explicó Perry—, Empecé a indagar en la vida de Robert Sterling. Podía haber iniciado las investigaciones por cualquiera que no fuera él, por cualquiera de ustedes, pero presentí que debía dedicarme a quien, aparentemente al menos, era una de las más importantes piezas del engranaje. Y husmeando por aquí y por allá, escudriñando por un lado y por el otro, no tardé demasiado en averiguar que en la vida del guapo y rubio Robert Sterling había una mujer...

—Para averiguar eso —le interrumpió Melinda— no creo que le hiciera falta esforzarse. Es del dominio público que yo...

—No estoy aludiendo a usted —interrumpió Perry a su vez.

—¿Cómo ha dicho...? —exclamó Melinda, respingando.

—Estoy aludiendo a otra mujer —apostilló Perry.

—No le creo... —murmuró Melinda, alterada, brillando en sus ojos la más terrible y dañina de las dudas, el más horrible e hiriente de los recelos.

—Esa rival suya —reveló el detective, dirigiéndose a Melinda— es una mujer casada. Pero no pude averiguar quién era hasta que conocí a Alan Coolen... Y aquí surge la casualidad aludida. La casualidad que, como decía antes, ha colaborado generosamente a mi favor.

—No conozco a Alan Coolen —manifestó Edgar Lloggers.

—Yo tampoco —dijo Katy.

—Ni yo... —añadió Melinda.

—Ni yo... —expuso a su vez Burt.

Raquel fue la única que ni asintió ni negó. Quizá, simple y llanamente, porque el asunto no la afectaba directamente.

En realidad, Raquel se estaba limitando a observar a unos y a otros. Queriendo ver cómo reaccionaban e intentando averiguar cómo y de qué forma iba a resolverse aquel caso.

De momento no tenía ni idea. Pero Perry sí Ia tenía.

Bastaba mirarle para convencerse de ello.

*

—Alan Coolen —les refirió el detective— es un fotógrafo que se dedica a frecuentar los bajos fondos, los lugares poco edificantes, las casas de mala nota... En fin, los sitios que pueden brindarle buenas oportunidades. El negocio debe de ser rentable, pues me aseguró que vive muy bien. Y me habló de las fotografías que estaba haciendo a una pareja, a Robert Sterling y a su acompañante. Sin que ellos se percataran, claro. «Ella está casada —me dijo el fotógrafo —y me pagará bien esos clichés... Cualquier cosa antes de que se los enseñe a su marido.» Yo tenía curiosidad de saber quién era esa mujer —añadió Perry— así que le dije: «Se las compro yo.» Me pedía más de la cuenta, pero finalmente llegamos a un razonable acuerdo.

—¿Quién es ella? ¿Quién...? —Los ojos de Melinda refulgían de celos, de rabiosos celos.

—Cuando Alan Coolen me entregó el sobre con las foto grafías y yo lo abrí... —repuso Perry— me quedé con la boca abierta. Bueno, es un decir. La verdad es que yo suelo quedarme tan fresco, vea lo que vea y pase lo que pase. La fuerza de la costumbre.

—¿Quién es ella? ¿Quién...? —volvió a inquirir Melinda, sin poder dominarse—, ¿Acaso la conozco yo?

—Sí —afirmó Perry.

Hasta aquel momento, Katy había puesto expresión de pobre e indefensa víctima. Burt se había burlado de ella, de sus sentimientos. Pero apenas oyó las últimas palabras de Perry, ya no pudo más y su expresión cambió, se trastocó.

—Dígame quién es —exigió por su parte Melinda, crispada la mandíbula, apretados los puños y, por descontado, fulgurantes de rabiosos celos sus ojos.

—Tengo aquí las fotografías —Perry Gamet se dio unos golpecitos en el bolsillo de la chaqueta.

Los ojos de Melinda se fijaron en su bolsillo. Allí asomaba el sobre.

—Déjeme verlas —solicitó, alargando la mano.

Lina mano que temblaba como la de una enferma que comprende que el doctor va a desahuciarla.

—Para usted tiene mucha importancia saber quién es ella… —dijo Perry—, Pero para mí, lo básico, lo primordial, no estriba en eso… Estriba en que he comprendido que esa mujer y Robert Sterling tenían planes de llevarse todo el dinero.

—¿El dinero que iban a sacarme a mí? —preguntó Edgar Lloggers.

—Sí —afirmó el detective— Burt, Melinda y Norma Planke harían el trabajo, con la colaboración de Robert Sterling, pero a la hora de la verdad, éste, Robert Sterling, huiría con el dinero y con la mujer a la que verdaderamente ama, la de la fotografía…

—¡Déjeme ver esas fotografías! —exclamó Melinda, con tono desesperado, casi agónico—. ¡Déjeme verlas ahora mismo!

—Será mejor que antes la prevenga —repuso Perry—. De lo contrario su asombro va a ser excesivo. Porque estoy convencido de que usted nunca ha sospechado de ella…

—Pero ¿quién es, por todos los demonios? —barbotó Melinda.

—Una mujer pelirroja —y Perry se decidió a decirlo. Antes o después tenía que hacerlo.

Los ojos de Melinda, dos punzones de envenenado odio, se volvieron, como movidos por un diabólico resorte, hacia Katy.

—¿Tú…? —inquirió.

—Sí, yo —a Katy, a pesar suyo, la sacudió un escalofrío nervioso.

Desde luego, le habían dado tentaciones de enarbolar muy alto el amor que sentía por Robert Sterling y el amor que Robert Sterling sentía por ella, pero, qué duda cabe, no era el momento de hacerlo.

Aun así, no había negado los derechos. ¿A qué hacerlo si el detective había llegado a la raíz de la cuestión?

Y llegar a la raíz de la cuestión significaba saber quién era el asesino. Evidentemente. Además, Perry Gamet lo había dicho bien claro: «respecto al asesinato ya sé a qué atenerme».

Katy no podía hacerse ilusiones; había sido descubierta y tenía ante sí una mala papeleta, una pésima papeleta. Ahora bien, sin pruebas nadie puede ser juzgado y menos todavía condenado. Si ella, pues, negaba tajantemente los hechos que pudiera imputarle el detective…

Estar en complicidad con Robert Sterling para escapar juntos con el dinero conseguido, no significaba necesariamente que ella hubiera sido la persona que acabó con la vida de Miriam, de tío Willand y de tía Virginia.

Pero no, no debía concebir esperanzas a este respecto. Para escudarse en una falta de pruebas, estorbaba el propio Robert Sterling. Un hombre guapo, rubio, irresistiblemente seductor. Un

hombre del que, como Melinda, ella no había podido prescindir. Pero un hombre cobarde, pusilánime, con el que no podía contar. Así que se viera en un aprieto, así que el inspector empezara a coserle a preguntas, Robert Sterling reaccionaría como un gallina. Y a pesar del amor que sentía por ella, Katy podía dar por descontado que, lejos de ayudarla, se volvería en su contra. Cualquier cosa por esquivar sospechas, por eludir responsabilidades, por quedarse a salvo.

Quizá por saber todo eso, tal vez por estar convencida de todo eso, Katy cayó en la cuenta de que debía pensar en sí misma. Única y exclusivamente en sí misma. Debía hacerlo, puesto que Robert Sterling, en realidad, no tenía nada que ver con esas muertes. Ni siquiera sabía que ella las hubiera perpetrado. Y por eso no pagaría demasiado caro.

Respecto a ella, todo era distinto. Las pruebas, antes o después, aparecerían y serían su perdición. Debía, por tanto, huir de allí, del castillo. Lo más lejos posible. Donde no le dieran alcance.

*

Cuando la pelirroja Katy conoció a Robert Sterling, éste vivía a costa de lo que le sacaba a Melinda. Se enamoraron y hubiera quedado a un lado a no ser porque fue entonces cuando la sobrina de Edgar Lloggers le propuso a su amado «el plan de la bruja Maggie».

A Robert Sterling le sedujo la idea, ya que se trataba de conseguir mucho dinero. Habló con Katy y decidieron esperar, tener un poco de paciencia. Dejarían que se pusiera de acuerdo con su hermano Burt y con Norma Planke. Dejarían que lo organizara todo y pusieran manos a la obra.

Desde luego, él, Robert Sterling, colaboraría. Sería sencillo ponerse una máscara y hacerse pasar por Maximiliano Wangerland. Si la idea fracasaba, con retirarse a tiempo no perderían nada. Entonces huirían juntos. Habrían demorado el momento de hacerlo. Eso habría sido todo. Y si todo iba bien, pues estupendo. Cogerían el dinero y se largarían. Antes de repartirlo con los otros.

Todo fue perfectamente. Tal y como Melinda había asegurado que iría, basándose en el convencimiento de que su tío Edgar estaba obsesionado desde que había leído el libro de la bruja Maggie. Partiendo de ahí, había asegurado una y otra vez, todo podía resultar de una sencillez increíble.

Y todo, pues, habría ido inmejorablemente a no ser porque Miriam, la doncella, descubrió que Melinda se disfrazaba de bruja Maggie y que estaba haciendo creer a su tío que había revivido de las cenizas del pasado. Sabido esto, Miriam se propuso sacarle sus buenas ganancias a una situación ciertamente anómala. Y tras pensárselo un

poco decidió hablar con Katy.

Estaba convencida de que Katy sería la persona que mejor le pagaría una información de esa índole. Adivinaba que entre Katy y Melinda, entre esas dos mujeres, existía un antagonismo incuestionable. Aunque ella no podía saber por qué.

Citó a Katy cerca de unos arbustos, donde la colina cesaba de un modo repentino, brusco, quedando convertida en un barranco... Lejos de imaginarse, por descontado, el final que la esperaba.

Katy se dijo que si la doncella hablaba, el plan de Melinda se vendría abajo y el dinero se evaporaría. Convenía, por tanto, cerrarle la boca. Cerrársela de una vez para siempre.

Un buen empujón resultó suficiente.

Suficiente hasta que fue el tío Willand quien se propuso investigar por su cuenta. De ahí que saliera del castillo tras los pasos de su hermano.

También salió del castillo el joven detective. Dispuesto a averiguar todo lo que pudiera. Katy le dio un fuerte golpe en la cabeza con la culata de la pistola. En seguida se arrepintió de no haberle disparado. Por lo que se propuso rectificar. Pero Perry Gamet, como adivinando el pensamiento, de su agresor, se dejó caer por el terraplén. Fue a parar lejos. Lo suficientemente lejos como para quedar libre de asechanzas inmediatas.

No tuvo tanta suerte Willand Lloggers. Vio entrar a su hermano en la cabaña y Katy consideró que había visto demasiado. Su final no se hizo esperar. Utilizó la pistola. Para eso la llevaba.

Y algo parecido le pasó a Virginia. Sorprendió lo que Katy hablaba por teléfono con Robert Sterling y Katy tuvo que anticiparse a sus deseos de avisar al inspector de policía, o al detective.

En fin, esto era lo sucedido. Lo que Katy creyó que nunca llegaría a averiguarse. Se había equivocado. Por culpa de esas fotografías que le habían sido entregadas a Perry Gamet, éste había sacado sus conclusiones. Es mala cosa enfrentarse a tíos listos.

*

La pelirroja Katy se repitió lo dicho poco antes. Debía huir de allí, del castillo. Lo más lejos posible. Donde no le dieran alcance. Llevaba la pistola en el bolsillo de su vestido. Por si todo se complicaba no había querido separarse de aquella buena aliada.

Perry adivinó que llevaba el arma y así que ella inició el gesto de su mano hacia el bolsillo, se sintió prendida, inmovilizada por la muñeca. Katy se debatió, quiso liberarse de la fuerza masculina. Todo inútil, por descontado. El forcejeo no le sirvió de nada.

—No quiero que vuelva a dejarme sin sentido.

—Sin vida debí dejarle —rechinó Katy, los dientes.

—Ya dejó sin vida a tres personas. ¿Aún le parece poco? —Y le quitó la pistola, sin contemplaciones.

En el forcejeo, a Perry se le había caído del bolsillo de su chaqueta el sobre que llevaba con las fotografías. Y las fotografías habían quedado a la vista de todos.

Katy parpadeó. Aquellas fotografías estaban en blanco.

—¿Qué significa esto...? Katy comprendió que se había portado como una idiota.

—Significa —le respondió Perry— que el fotógrafo, ese tal Alan Coolen, es un personaje inventado por mí. Simplemente, una persona me dijo que había visto en una ocasión a Robert Sterling con una mujer pelirroja... Me bastó para deducir el resto.

Burt se había sentido incapaz de reaccionar hasta aquel instante. Dijo, mirando a su esposa:

—Pensar que has sido tú el asesino...

—Sí, yo —ratificó Katy, y seguía rechinando los dientes—. Y hubiera huido con el dinero y con Robert Sterling a no ser porque la situación se ha complicado de una manera muy desgraciada.

—Creía que me querías... —murmuró Burt.

—Aquello pasó. Ahora amo a... —Ia agitó un nuevo escalofrío nervioso; ella sabía de sobras que su buena estrella no volvería a brillar.

—Katy... —murmuró Edgar Lloggers, un hondo reproche y una pura angustia su voz—, ¿cómo pudiste matar a mi hermano, y a Virginia, y a Miriam? Nunca hubiera podido imaginar de ti una cosa así.

—Usted siempre ha sido muy ingenuo, muy cándido —ironizó Katy, quizás al no encontrar otro modo de fingir una serenidad que estaba lejos de sentir.—. Hasta ha creído en brujas. Sólo de pensarlo me dan ganas de echarme a reír.

CAPITULO IX

—¿Y Melinda? ¿Dónde está Melinda...? —preguntó Edgar Lloggers.

Pendientes de Katy, que acababa de confesar sus crímenes, nadie había reparado en lo que Melinda hacía o dejaba de hacer. Ya no estaba en el salón.

—¿Adonde habrá ido...? —preguntó Edgar Lloggers.

—Lo imagino —dijo Katy luego de soltar una risita nerviosa.

—¿Adónde? —inquirió el detective.

—A la cabaña —contestó ella—. A pedirle cuentas a Robert Sterling. Y mucho me temo que no se las pidas por la vía diplomática.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Perry.

—No soy la única persona que lleva dentro de sí instintos asesinos. Va a tener ocasión de comprobarlo.

—¡Vayamos a la cabaña! —exclamó Perry.

—Quizás aún lleguemos a tiempo de evitar... —empezó a decir Raquel.

—Yo sé de un atajo por el que se llega en mucho menos tiempo —apuntó Katy—. ¿Quieren que les conduzca yo?

—¿Qué pretende con ese ofrecimiento? —preguntó el detective—. ¿Escapar al primer descuido que tenga?

—No me hago esa clase de ilusiones —aseguró Katy—,

No tiene usted cara de que se le escape nadie. Pero deseo llevarles —añadió la pelirroja— para ver cómo acaba todo... Por curiosidad.

—De acuerdo —aceptó Perry.

*

Melinda había llegado a la cabaña y Robert Sterling la había recibido con la sonrisa en los labios. Como si nada tramara. Como si todo fuera perfectamente entre ellos. Como si Katy no existiera.

Melinda se le quedó mirando. ¡Tan guapo, rubio y seductor! Sintió que los celos la devoraban. Sintió que la desesperación la cegaba hasta límites insoportables. Sintió que el odio la dominaba, desbordándose en su interior.

—Ha sucedido algo importante —anunció Melinda, que había conseguido controlar su alteración.

—¿Qué...? —preguntó Robert Sterling.

—Te lo explicaré luego, ahora no hay tiempo. Ayúdame...

—¿A qué tengo que ayudarte?

—A clavetear los ventanucos. Los postigos han de quedar herméticamente cerrados.

—¿Y eso para qué…? —Robert Sterling no lo entendía.

—Te lo diré luego —atajó Melinda, y seguía sin delatar el furioso mar de celos, desesperación y odio que había dentro de ella—. Por favor, cariño, ayúdame…

—Pero dime… —insistió Robert.

—Ayúdame, luego te lo explicaré todo. —Y Melinda fue a buscar un martillo y los clavos que le hacían falta.

Robert Sterling no sabía qué pensar, así que, más que ayudarla, le dejó hacer. Hasta que los ventanucos quedaron claveteados, no cesó, empero, de preguntar a la muchacha a qué venía aquello.

Melinda había abierto la puerta. Para que entrara la claridad del día y pudiera efectuar el trabajo sin dificultades. Llevada ya a cabo, tal tarea, Melinda pidió a Robert Sterling:

—Tráeme un cigarrillo, me Io he ganado.

—¿Me vas a decir ahora…?

—Sí, cariño. Pero antes el cigarrillo.

Robert Sterling se dirigió hacia el otro extremo de la cabaña. Sobre una pequeña mesa había dejado la cajetilla de tabaco y el encendedor. Al llegar a la mesa vio que la cajetilla estaba allí, pero no así el encendedor. Se asombró, volviéndose hacia Melinda.

Pero ya Melinda actuaba por su cuenta, saliendo de la cabaña y cerrando la puerta en cuya cerradura había metido previamente la llave.

A continuación, la llave dio un par de vueltas.

—¿Qué haces? —oyó exclamar poco después a Robert Sterling, mientras golpeaba la puerta con el puño—, ¿Qué haces…? ¡Ábreme ahora mismo!

Melinda no perdió tiempo en responderle. Ni un segundo. Se precipitó en busca de ramas secas y de hojarasca, de las que había en abundancia a pocos metros de allí. Y colocó esas ramas, esa hojarasca, junto a la puerta de la cabaña. Y también alrededor de la misma cabaña. Por todos lados.

—¿Qué pretendes…? —seguía oyendo a Robert Sterling—. ¡Ábreme de una vez! ¡No me gustan esa clase de bromas!

—No es ninguna broma, cariño —Melinda habló finalmente, y había pulsado ya el encendedor que minutos antes cogiera de encima de la mesa—. Vas a asarte por los cuatro costados…

—¿Qué dices? —brotó descompuesta y horrorizada la voz de Robert Sterling, que olía ya a humo—. ¿Qué dices…?

—¡De mi no se burla nadie! —exclamó Melinda, y hubiera costado saber que era mayor, si su desesperación, sus celos o su odio—. Y vas a tener el final que te mereces. Largarte con el dinero y con Katy, ¿eh? Ni muerta iba yo a consentir eso.

—¡No, Melinda! —gritó despavorido; y ahora golpeaba la puerta

con puños y pies—. ¡No, Melinda! Ábreme... ¡Abre me en seguida!

Poco después, los gritos de Robert Sterling retemblaban entre las llamas que envolvían la cabaña, y entre el humo que hacía sofocante e irrespirable el aire.

En aquel momento llegaron a aquel pequeño claro del bosque, Perry Gamet y Edgar Lloggers. También Katy, Burt y Raquel. Estaban ya todos.

A excepción de los que habían muerto. Estos no podían estar. Aunque quizá debían estar por allí sus espíritus claman do venganza.

—¿Qué significa esto? —preguntó Perry.

La tétrica y espantosa respuesta resultaba obvia.

—Le he condenado a morir —contestó Melinda.

—Sabía que eras capaz de lo peor... —reprochó Katy.

—Yo me iré al infierno por un crimen —repuso Melinda, súbitamente helado y pétreo su tono—. Allí te encontraré a ti por haber cometido tres. Bueno, eso de que yo sólo vaya a cometer un crimen —añadió— es sólo un decir... Se me acaba de ocurrir... —se interrumpió, enigmáticamente.

Ya se venía abajo la cabaña. Ya se derrumbaba todo.

Pudieron ver a Robert Sterling. Las llamas prendían ya en sus ropas.

De pronto sucedió algo inesperado y rapidísimo. Tanto que nadie llegó a tiempo de evitarlo.

—Tú decías que le amabas, ¿eh? —barbotó Melinda, dirigiéndose a Katy—. ¡Pues demuéstramelo ahora muriendo con él, como voy a morir yo!

Dicho esto, agarró a Katy por un brazo y la arrastró hacia aquella cabaña que se había convertido en una pira cuyas llamas se elevaban varios metros. La arrastró con una fuerza inaudita, sorprendente, fuera de lo común. La pelirroja Katy, aunque quiso rebelarse, no pudo hacerlo.

Brevísimos instantes después, Katy y Melinda entraban en aquel infierno. Un infierno que, al poco, había hecho ya de ellas sus presas favoritas.

Medio minuto después, Robert Sterling, Katy y Melinda, convertidos en tres antorchas humanas, lanzaban al unísono gritos espantosos, horribles, que sin duda debieron oírse a varios kilómetros de distancia.

—Un final que recuerda el de la bruja Maggie —musitó Edgar Lloggers.

Perry no dijo nada.

Todo lo que hizo fue acercarse a Raquel. Estaba pensando que si la muchacha se desvanecía ante aquel alucinante y demoníaco espectáculo, buena cosa seria que él estuviera cerca para tomarla en

brazos.

FIN